

EL CORREO DE ULTRAMAR

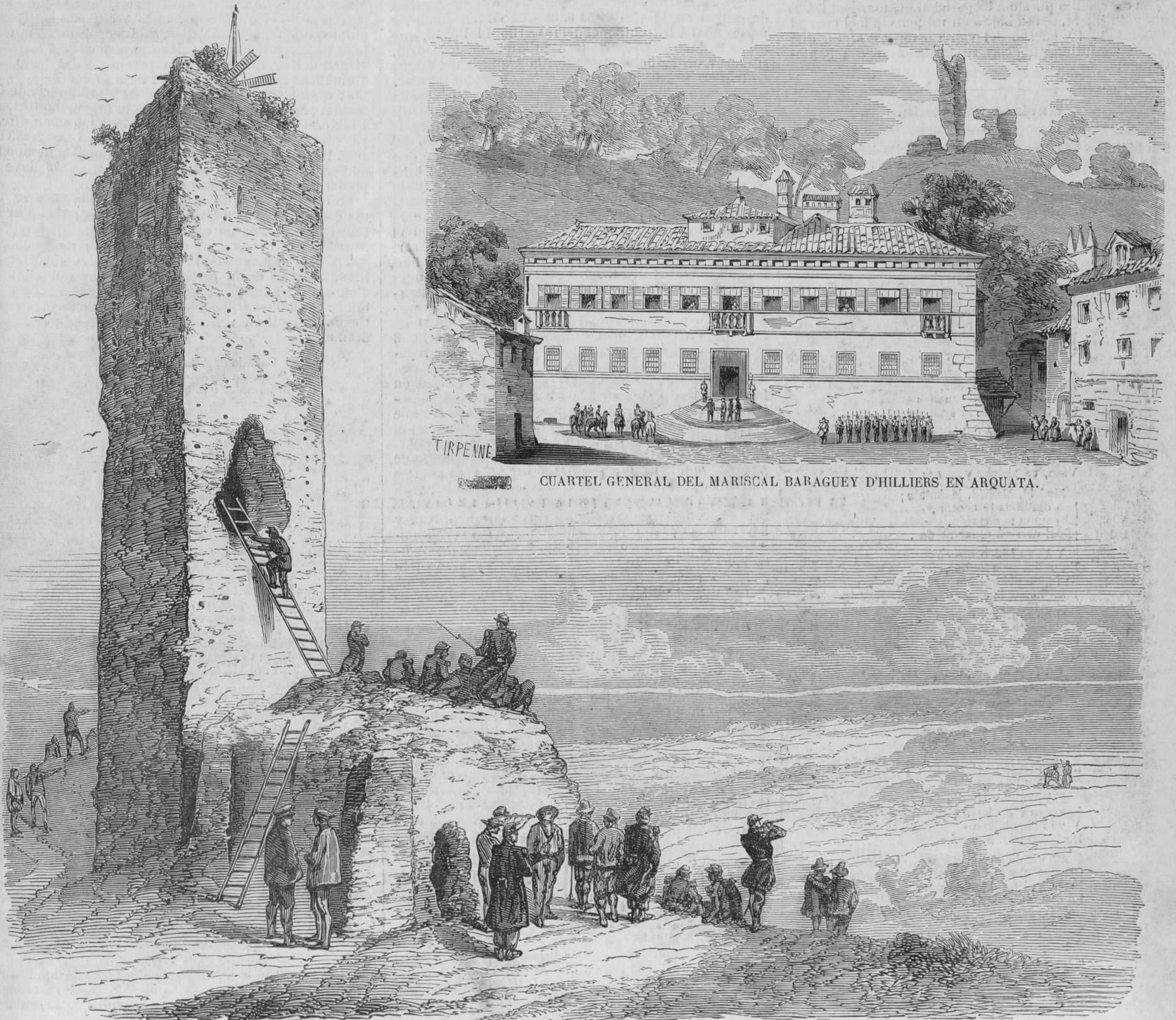
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 337.



TIRPENNE

CUARTEL GENERAL DEL MARISCAL BARAGUEY D'HILLIERS EN ARQUATA.

LA TORRE DE SAN SALVATORE, UTILIZADA PARA OBSERVATORIO.

SUMARIO.

Cuartel general provisional del primer cuerpo del ejército de los Alpes; grabados. — **Revista española.** — **La batalla de Montebello;** grabados. — **Revista de París.** — **Los tratados de 1815.** — **La esperanza.** — **El emperador Napoleón en Alejandría;** grabados. — **Reina.** — **Gavazzano en el camino de Tortona;** grabados. — **Episodios de la vida de un hombre célebre.** — **Revista de la moda.** — **La llanura de Valenza;** grabados.

Cuartel general provisional

DEL 1.º CUERPO DEL EJÉRCITO DE LOS ALPES EN ARQUATA.

En otro lugar de este número hablamos de Arquata. Este pueblo fué cuna de la familia Spinola que ha tenido muchos miembros que han sido célebres en la historia de Italia. El nombre de los Spinola ha figurado entre las disensiones civiles que destrozaron la república de Génova en los siglos XV y XVI. Uno de los descendientes más conocidos de esa noble y rica familia es Ambrosio Spinola, general genovés muerto en 1630, que fué uno de los mejores tácticos de su tiempo, y que en las guerras que sostuvo en los Países Bajos por orden de Felipe IV, rey de España, igualó la reputación de Mauricio, príncipe de Orange, uno de los más grandes capitanes del siglo XVII. Spinola defendió la causa española con ardor y aun levantó tropas á su costa para sostener los derechos de Felipe IV. Pero este rey prevenido por falsos informes, retiró sus gracias y su confianza á Spinola, que murió de pesadumbre por verse en desgracia. Su hermano Federico Spinola, marino distinguido, abrazó los mismos intereses y llegó á ser almirante al servicio de la España.

La familia Spinola, muy poderosa en otro tiempo en la república de Génova, poseía en Arquata un castillo y propiedades considerables. Aun se ven más arriba del castillo moderno las ruinas de la antigua morada de los Spinola. El edificio actual no es del mejor estilo.

En ese castillo puesto á disposición del mariscal Baraguey-d'Hilliers, se estableció en un principio el cuartel general del 1.º cuerpo del ejército de los Alpes, que según las últimas noticias se trasladó luego á Pontecorone.

Revista Española.

San Isidro. — Los días de campo. — Delicias del mismo. — La Alameda del duque de Osuna. — Aranjuez y sus jardines. — Teatros. — Beneficios en chaparrón y diluvio de comedias. — Comedias viejas. — Cuestión de sombreros terminada. — Un libro sobre el sombrero. — Cañonazos sin bala. — Una solemnidad en las provincias Vascongadas. — Primavera mojada.

¡Oh villa del madroño,
Que llaman muy heróica!
Pasó ya medio mayo
Vistiéndote de rosas.

Ya el río que pudieran
Secar un par de bombas,
Y es río por lo mismo
Que muchos son personas;

El pobre Manzanares,
El de las flacas ondas,
Aumenta con dos puentes
Los muchos que le agobian.

Ya se asomó del quince
A su balcón la aurora
Vestida de azucenas,
Vino, escabeche y roscas.

Madrid, Madrid, levántate;
Los omnibus te acosan,
El campo te conviata,
¡Sus! corre á cazar monas.

Y á san Isidro ofrece
En ondulantes fondas,
El fondo del bolsillo
Para llenar la andorga.

O en el estéril campo
Revuécate y retoza,
Que para tí no hay penas
Cuando te ofrecen bromas.

Allí el comercio lleva
Las artes españolas,
Y desgarrando oídos
Mil famas las pregonan.

El genio allí en soldados
El rudo plomo torna,
Y el sucio barro en ángeles,
En címbalos y en ollas.

Allí el amor alquila
Los ojos y las bocas,
Y ve la luz lejána
De la nupcial antorcha.

Allí cándidos párvulos
Graciosamente lloran
Porque el papá les compre
Lo que él tiene de sobra.

Allí los tiernos tórtolos
Arrullan á sus tórtolas,
Y las mamás exclaman:
«Lo mismo éramos todas.»

Allí uno que hace guiños
A dos niñas hermosas,
Tropieza, abre los brazos
Y estrecha á una fregona.

Allí el que cura al prójimo,
O le hace ir á la gloria,
Aspira á que lo mismo
Con él hagan sus cólegas.

Y por cualquier disputa
El que por otro aboga
Consigue dar trabajo
Al que la fe atesora.

Allí el toco paletó
Con el doctor se roza,
Y el que anda sin zapatos
Con el que huella alfombras.

Y allí juntos acaso
Sin que ellos se conozcan
El que estos versos mira
Y el que los firma ahora.

Y suprimiendo esto de la firma, porque al final del artículo la verán mis lectores, empiezo, hablando en prosa, á decir que el mes de mayo no solo produce abundancia de flores, sino también de sucesos para las revistas. La función nacional del Dos de mayo, á la que asistió este año la gente con paraguas desplegados y marchando sobre una alfombra de barro; la romería de san Isidro, los toros, las carreras de caballos, ofrecen variada y continua diversion á los madrileños. Con las hojillas que nacen y con el verde manto de las praderas llega también al mundo, apoderándose de hombres y mujeres, el deseo de gozar de los placeres campestres y de improvisar arcadías de buen tono en las cercanías de la corte. Deliciosas son tales expediciones para los amantes, que libres algún tanto de la sociedad, pueden al aire libre y entre las canciones de los pajarillos contarse sus culpas, y consolarse mutuamente; pero para los que se ven libres del vendado niño, semejantes días mas que diversion proporcionan fastidioso aburrimiento.

Pero en este mes nada más común que organizar días de campo en las tertulias para que sirvan como de punto final á las reuniones del invierno. El *Vivero*, que así se llama una posesión del ayuntamiento de Madrid, situada á orillas del Manzanares, la Alameda del duque de Osuna, y Aranjuez son los sitios escogidos regularmente para estos recreos. Pintar lances cómicos que en ellos suceden sería tarea larga y ya agotada por otros: en mi juicio el campo pide la soledad: los encantos de la naturaleza no pueden contemplarse en medio del bullicio y de la animación: quédense los gozos que proporciona la sociedad para esas jaulas de papel pintado y sedas que se llaman salones; allí, donde hasta la luz es mentida y prestada, se necesita llamar á la alegría de mil maneras, sin conseguir tal vez que la sonrisa anime nuestros labios; pero en el campo el hombre no necesita más que abrir los ojos para gozar, para que el placer mas puro inunde su corazón: Dios ha puesto en los cielos, en los árboles, en los arroyos y hasta en el aire un perfume de felicidad y de bienandanza; Dios que enseña á cantar á las aveciñas, á suspirar al aura entre las hojas de los árboles y á murmurar al agua entre blanca espuma, Dios ha hecho el campo para endulzar los trabajos de la vida, para regenerarnos lavando las trietas del ánimo.

El segundo de los sitios que cito como preferidos en funciones campestres merece sin duda ninguna semejante preferencia, porque después de las posesiones de la reina apenas habrá otra que pueda sostener con él la competencia. Situado á muy corta distancia de Madrid (legua y media próximamente) en la carretera de Aragon, una hermosa arboleda lleva hasta sus puertas haciendo ya conocer lo delicioso de aquel punto; y en lo interior bosques, jardines, una ría cercada de verde ramaje, con sus cisnes, sus peces, sus barquichuelos y hasta un pequeño fuerte defendido por sus correspondientes cañones, todo entretiene y deleita proporcionando recursos para pasar el día de la mejor manera posible. Se me olvidaba decir que la Alameda pertenece hoy al duque de Osuna, como indica su nombre. Lo delicioso de los jardines de Aranjuez, y el estar SS. MM. en aquel Real Sitio llevan al mismo diariamente muchas familias que vuelven á Madrid por la noche, después de haber pasado algunas horas en las orillas del Tajo. Nada más hermoso que aquellas frías calles de altísimos árboles durante el mes de mayo. El jardín de la *Isia*, cubierto por todas partes de flores, ofrece durante las horas de calor frescas espesuras, donde jamás entra la luz del sol sino á través de un transparente cortinaje de verdes ramas, que al resplandor del astro del día imitan una techumbre de esmeraldas. El ruido de la cascada por donde se precipita el Tajo envuelto en un blanco manto de frágiles espumas, la vista del río que se extiende por aquellos campos sobre blando lecho de arena, como un collar de brillantes sobre el tapete verde de un joyero, el majestuoso y severo palacio que asoma su cabeza de pizarras sobre los árboles, todo eleva el alma y respira dulce poesía.

No son tan ricas en juegos de aguas ni en vistosas esculturas las fuentes que adornan aquellos jardines como las célebres de la Granja; pero tampoco faltan por eso en Aranjuez agradables muestras de divinidades mitológicas petrificadas. En cada bosquecillo que recorramos hallaremos algún número de piedra cercado de cristalinas límpidas. Por una parte Hércules haciendo echar un chorro de agua al moribundo Anteon; por otra la campestre Ceres ó el marino Neptuno; aquí Narciso mirándose en los líquidos cristales que le rodean; allí Apolo tocando una lira que no suena: por

todas partes en fin aquellas deidades que un día tuvieron templos y sacrificios, y hoy solo sirven para tomar el sol en los jardines.

Después de tantas delicias no dejan nunca de visitar los forasteros la llamada *Casa del labrador*, palacio de recreo hecho en tiempo de Carlos IV, que por su magnificencia mas bien pudiera llamarse *Casa del rey*. De buen gusto, aunque no suntuoso, es su parte exterior, pero en la interior el lujo y la esplendidez deslumbran por todas partes. Los techos pintados al fresco por distinguidos artistas, la multitud de estatuas, candelabros, colgaduras, relojes y toda especie de objetos de arte entretienen la atención del viajero por mucho tiempo en aquel delicioso recinto.

Céranle por supuesto bosques y jardines; porque en Aranjuez hay árboles y flores por todas partes. Aquella tierra parece destinada exclusivamente á la vegetación por el Creador: en pocos sitios se verán troncos mas robustos ni ramas mas elevadas, á no ser en montes donde la mano del hombre no lleva el cultivo durante siglos enteros.

La vida de las pocas familias que pasan allí la temporada de primavera no es muy variada. Paseos por la mañana por uno de los jardines, mientras el otro está cerrado por bajar á él las personas reales; paseos por la tarde por el jardín cerrado por la mañana, y asistir luego á la lista que pasa el regimiento de ingenieros que forma la guarnición, oyendo las piezas de ópera que toca la excelente banda de música del mismo, tal es la distribución de los negocios del día en Aranjuez.

Por las noches la compañía del teatro de la Zarzuela da funciones en el del Real Sitio repitiendo las que se hacen en Madrid, y algunas corridas de toros y carreras de caballos amenizan también á ratos los ocios de los habitantes accidentales de aquella población, y divierten las ocupaciones de los vecinos ordinarios de la misma.

Con las aguas de mayo brotan los beneficios en los teatros que es una bendición de Dios. Ninguno de los meses del año ve nacer y morir mas comedias que este: parecense en él á las rosas, unas veces por culpa del público que no asiste á verlas, y otras porque su muerte es necesaria para dejar libre el escenario á las que vienen detrás. Examinar una por una todas las obras dramáticas estrenadas en mayo sería tarea interminable: pasaré pues ligera revista de ellas cronológicamente. ¡Solo en el mundo! llámase la que primero salió á luz en el Circo, y es original de don Juan Coupigni, ya ventajosamente conocido por varias piezas en un acto. Representada en el beneficio del actor don Mariano Fernandez gustó al público, pero sufrió una muerte prematura para dar lugar á otro beneficio.

En el de don Joaquín Arjona dióse á conocer un drama con el título de *el Honor y el trabajo*, original de don Luis Rivera, autor de otro aplaudido este invierno en Novedades con el nombre de *las Aves de paso*. Menos interesante el asunto de la última producción del señor Rivera que el de la primera, no ha llamado tanto la atención del público, si bien ha obtenido apausos, notándose como en aquella demasiada abundancia de lirismo. Hé aquí en verso la idea que desenvuelve este drama:

Quando depuesto el arado
A su casa se avecina
El labrador que camina
Con lento paso y cansado,
Y ve en su impaciencia suya
A lo lejos blanquear
Las paredes de su hogar
De la tarde entre la bruma;
Cuando con los ojos fijos
En los troncos que chispean
Ve que alegres le rodean
Su esposa y sus tiernos hijos,
El sueño entonces concilia
Con paternal agasajo,
Que el fruto de su trabajo
Es el amor de familia.
Trabaja pues, y quietud
Y diena ballará tu pecho;
Que el que trabaja, derecho
Tiene á hablarnos de virtud.
Por mas que la humanidad
Plaus de gobierno invente,
El será siempre la fuente
De nuestra felicidad.

Pasando ahora al teatro del Príncipe para seguir el orden de estrenos, hallaremos á aquella compañía representando *la Mala semilla*, drama de don Enrique Seribe, en que no ha estado el autor tan afortunado como en *el Cura de aldea*. *La huella del pecado*, drama también original de don Juan Ortiz y Marquez, en el cual da los primeros pasos en la senda de escritor dramático, y *el Bello ideal*, comedia escrita por don Pedro Ramos, también original y en verso. Todas tres se han puesto en escena para beneficios: la primera en el del señor Osorio, la segunda en el del señor Pizarroso, y para el de la señora Palma la última.

Y otra vez nos llama al Circo el de la señora Llamadrón con la comedia de don Angel Bucarrete, *las Dulzuras del poder*, de asunto enteramente político, y que gustó al público aunque la halló tal vez un poco larga; habiéndole perjudicado el que todo en ella sea cosas de periódicos, ministros y motines.

En el teatro de la Zarzuela tenemos una de don Francisco Campredon, con música de don Emilio Arrieta, llamada *¡Quién manda, manda!* que ha gustado bastante, y en especial en uno de sus dos actos.

El asunto de esta zarzuela ya era conocido, y aun

tambien la zarzuela en forma de comedia: es decir, que la obra francesa arreglada por el señor Camprondón ya lo habia sido hace años, representándose en nuestros teatros sin el adorno de la música.

La que ha escrito para ella el señor Arrieta es ligera pero agradable, y hay trozos que el público aplaudió con calor.

Para la semana próxima anúnciase otra zarzuela en tres actos, y preparáanse además otras varias en uno, que habrán de estrenarse en lo que falta de temporada, y cuyos nombres diré en la parte correspondiente á las piezas nuevas en un acto.

De estas se han estrenado con abundancia en todos los escenarios, como verán mis lectores por la siguiente relacion. *Un error frenológico*, original de don Manuel Alaminos Sanchez; *Un cuerdo loco y un loco cuerdo*, arreglo hecho por don Carlos Pizarroso, hijo del actor de este apellido; *Presente, mi general!* escrita en verso por don Luis Rivera; *la Cuenta del zapatero*, y *el Mirinague y el hongo*, pertenecen al Príncipe; mientras en el Circo hallamos tres, y una solamente en la Zarzuela, con promesas de otras varias. Las de aquel coliseo se llaman *la Doctora en travesuras*, original de don Rafael García y Santisteban; *Camino del matrimonio*, juguete hecho para que una actriz desempeñe cuatro caracteres por el que firma este artículo, ó sea un servidor de Vds., y *Cuatro agravios y ninguno*, arreglo de *le Cocu imaginaire* de Molière, trazado por don Antonio Corzo y Barrera, joven de grandes esperanzas. *Un disparate*, obra de don Ricardo Velasco Ayllon, con música de don Cristóbal Oudrid, es la zarzuela en un acto estrenada; y *la Guerra de los sombreros*, propósito lírico, y *las Cálbas de Basilio* se llaman las otras tambien de cortas dimensiones que se preparan para asomar en la escena de Jovellanos, juntamente con el sainete filosófico *el Ultimo mono*.

Pero de todas las referidas piezas, la que mas ha gustado es *la Doctora en travesuras*, cuya versificación está llena de chistes. Su autor, el señor Santisteban, ha conseguido un triunfo que en mi juicio no es mas que el prólogo de otros muchísimos que le aguardan.

Hé aquí para muestra una deliciosa pintura de los pollos.

Le hablarás hecha una miel,
Y ahí estriba todo el mal;
Duro en ellos, no te asombres,
Porque, chica, el ramo de hombres
No puede estar mas fatal.
Si es pollo, joven sin fe,
Del batallon de los flautas,
Terror de niñas incautas
Y Metternich de café;
¿Dónde hallar exacto nombre
Para ese barbilampiño,
Que es el estiron del niño
Y la parodia del hombre?

¿Y su lengua? no sosiega.
Todas sus víctimas fuimos,
Porque todas nos vendimos
Al primer galan que llega.
Y ¿quién hace caso de él,
Ni quién premia sus afanes?
Princesas de Capellanes
O duquesas del Ariel.

Además de estas comedias nuevas se han representado con gran aplauso *Mujer gazmoña y marido infiel*, y *la Esclava de su galan*: aquella en el beneficio del señor Romea y esta en el de doña Matilde Díez. Ambas obras han agradado siempre en la escena interpretadas por aquellos actores, pero la última por sí misma, y sin lo esmerado de la ejecución que hoy la adorna, será siempre gloria de la escena española. Lope de Vega, el poeta que mejor sabe enaltecer á los personajes que pinta. Lope que hace amar la sociedad, presenta en esta comedia un carácter sublime de mujer. Una joven que ve á su amante desgraciado por su causa y víctima del rigor de un padre, y se hace esclava de este para obtener el perdón del primero, es un tipo que no puede menos de interesar y conmovir á los oyentes. Descubierta tan generoso ardid, ¿cómo era posible que el padre y el hijo dejasen de amar á la que habia sido causa de que volviesen á reconciliarse?

La refundición de esta deliciosa comedia, hecha por el señor Hartzbusch, se estrenó en el teatro del Príncipe de Madrid el 17 de abril de 1847, y es un modelo en esta clase de trabajos. El señor Hartzbusch regularizó el plan anteponiendo ó posponiendo escenas, y añadiendo otras con mucho tino, y ha resultado una obra dramática que siempre se verá con gusto y con aplauso. Hé aquí una escena creada por el refundidor, que bien pudiera pasar como obra de Lope.

ALBERTO.

Tu estudiante
Y su padre.

ELENA.

Esperaremos. (*Quédanse escuchando.*)

FERNANDO.

Rienda puse á mis extremos
Por haber gente delante;
Mas ya diré sin reparo
Porque te quiero ordenar,
Y en pena de rehusar
Tu bien, de mi te separo.
Sabe que en mi edad fogosa
Marido culpable fui.

JUAN.

Cielos!

FERNANDO.

Aunque el ser te dí
No naciste de mi esposa.

ELENA.

(¿Qué es lo que oigo!)

JUAN.

Ya ¿qué aguardo
Tras palabras tan crueles?

FERNANDO.

Examina esos papeles
Y verás que eres bastardo.

JUAN.

¡Yo bastardo! yo que estaba...

FERNANDO.

Lleno de orgullo y bambolla.
Pues tu madre fué criolla,
Pero no libre; fué esclava.

JUAN.

¿Es culpa mi nacimiento
Que se me deba imputar?

FERNANDO.

No: bien me lo haces pagar:
Es mia, y harlo lo siento.

En fin, yo te lo oculté
Por no darte pesadumbre;
Fuiste de mis ojos lumbre,
Riquezas te preparé

Y honras en la gerarquía,
Que yo con fatal error
Creí ser lo que mejor

A un bastardo convendría.
Tú de ventajas tan grandes
Te privas: anda con Dios:

No es bueno para los dos
Vivir juntos: vete á Flandes,
Y al punto, que (sin rebozo

Te lo digo) si me estás
Mañana aquí, te verás
Metido en un calabozo.

Justicia hallaré que airada
Me vengue de un hijo ingrato
Mal nacido y mogigato

Que ya para mí no es nada;
Y por si de pena muero,
Como es regular, al cabo

He de comprar un esclavo
Y le he de hacer mi heredero.

El Teatro Francés tambien ha dado fin á sus tareas, habiendo variado de comedias durante el mes con muchísima frecuencia, segun ha estado haciendo todo el año.

De la suerte que aguarda á todos para el venidero invierno háblase mucho en los periódicos, haciéndose viajar de una parte á otra á los actores, y trayendo y llevando compañías de aquí para allí, costumbre corriente por este tiempo; pero como falta bastante para la inauguración de la temporada de invierno, dejaremos que pase el calor del verano, y así las noticias que dé sobre tal materia á mis lectores serán exactas y positivas en toda regla.

Después de los teatros, y como cuestion tambien algo cómica, tiene su puesto natural la guerra de los hongos. Aquella terrible conjuración de que hablé en mi anterior revista ¿saben mis lectores en qué ha parado? El día 11, destinado por los amantes del hongo á ser memorable en los fastos de los sombrereros, el día 11 vió aparecer por las calles un centenar de personas con aquella tapadera en la cabeza: miraba el público con curiosidad á los innovadores, y al llegar el 13 y el 14 nadie reparaba ya si Juan iba con sombrero antiguo, ó si habia entrado en la moda. Añádase á esto el haber llenado algunos mocitos sus chambergos de matizados plumajes, adorno que no puede hacer buena amistad con la levita, y tienen mis lectores completa la historia de este episodio del mes de mayo. Un libro escrito en prosa y verso por multitud de poetas, que se titula *el Sombrero, su pasado, su presente y su porvenir*, en que hay ocurrencias felices, y las gacetas de los periódicos en vano han procurado extender el imperio del hongo; los madrileños siguen impávidos con sus cilindros de felpa por remate, y la reforma puede decirse que hizo completo fiasco, naciendo muerta y prometiendo no pasar nunca de la categoría de cadáver.

El día 1º del mes, y á presencia de SS. MM., tuvieron lugar las grandes maniobras militares que estaban anunciadas de antemano. La dehesa de los Carabanchales, donde se halla establecida la escuela práctica de artillería, se vió muy concurrida, y multitud de coches y de omnibus llenaban el camino que lleva hasta aquel sitio. A las cuatro de la tarde, 21 cañonazos anunciaron la llegada de la reina, que revistió las tropas formadas en orden de parada, pasando después á ocupar el palco destinado á la familia real, por delante del cual desfilaron las secciones dirigiéndose á los puestos que habian de ocupar.

Empezaron después las maniobras y fuegos, y á las seis, después de haber hecho una salva general todas las baterías fijas y móviles, se terminó la primera parte del ejercicio, pasando SS. MM. y los convidados á diferentes tiendas, donde se sirvió una espléndida comida.

Entre tanto se habia iluminado el campo, continuando los ejercicios desde las ocho hasta las once, en que se iluminó todo el terreno con luces de bengala, retirándose SS. MM. después de haber manifestado la muchísima complacencia que tenían en haber presenciado tan brillante alarde de instrucción militar.

El campamento real se hallaba rodeado de una serie de zócalos figurando piedra en que se leían los nom-

bres de las batallas en que mas se ha distinguido la artillería española, elevándose de cada uno de ellos astabanderas con el pabellon nacional ó gallardetes blancos y encarnados con el castillo y el leon.

Elevábase en el centro un asta-bandera de 70 piés de altura, en donde ondeaba el pabellon real, que se izó en el momento de llegar SS. MM., y se bajó cuando partieron del campo. La casa de SS. MM. figuraba un edificio del siglo XII, flanqueado por cuatro torres, y el segundo cuerpo con cuatro grandes garitas almenadas, y dominado todo por un torreón cuadrado, en donde ondeaba el pabellon nacional. Contenía este edificio el salon, el tocador y los retretes. Desde aquel se pasaba á la tienda comedor de SS. MM. por un salon gótico, y desde el mismo comedor á otra tienda octógona, cuyas paredes estaban revestidas con arabescos copiados de la Alhambra. A corta distancia se hallaba la tienda del presidente del Consejo de ministros. En otra inmediata seguía el comedor de señoras, terminando en la propia línea el de caballeros. A derecha é izquierda de la presidencia del Consejo de ministros, se hallan las del Senado, Congreso, capitanes generales de ejército, tenientes generales y mariscales de campo; y por último, á derecha é izquierda del edificio gótico, las de S. A. el príncipe Adalberto de Baviera, y alta servidumbre de palacio. En la grande explanada de las baterías, y á cuatro metros del edificio, se alzaba el gran tablado real, al cual se subía por una escalinata, á cuyo pié se ostentaban dos leones. Estaba este gran tablado cubierto con un toldo á cuadros blancos y encarnados con castillos y leones; y sobre él se elevaban 16 grandes gallardetes blancos y encarnados con castillo y leon, y formando graciosos grupos, banderas tambien blancas y encarnadas, con las armas de las 48 provincias de España y las cuatro de ultramar. A derecha é izquierda de este tablado habia otros grandes para los convidados. Todos los departamentos estaban alhajados con mucho gusto, y la tienda comedor de SS. MM. adornada con trofeos militares.

Es curiosa la descripción que hacen los periódicos vascongados de las juntas generales de la provincia de Alava que se instalaron el día 4 con toda solemnidad en la villa de Maestu. A las siete de la mañana, los atabaleros corrian por las calles de Vitoria llamando á los procuradores de la hermandad para que acudieran á la casa provincial, desde donde se dirigieron á la referida villa de Maestu. El orden de la comitiva era el siguiente: un piquete de miñones vestidos de gala y á pié, los maceros con sus mantos encarnados y pelucas empolvadas, á caballo, los clarineros tambien de gran uniforme y á caballo, y tocando sus clarines, y en el mismo instante se dispararon bombas y cohetes, y repicaron las campanas de todas las iglesias, conventos, hospicios y hospitales, formando todos esos elementos un ruido estrepitoso, y excitando una animación difícil de expresar.

Después de los miñones, maceros y clarineros, y á una respetable distancia, siguen los procuradores montados en sus respectivos jamelgos; detrás de los procuradores va el caballero diputado en un fogoso corcel soberbiamente embridado, y á sus lados dos regidores del ayuntamiento de ciudad, acompañando á la junta hasta el límite de la jurisdicción municipal; allí les sale al encuentro la respectiva municipalidad bajo un arco hecho de ramajes, flores y banderolas de distintos matices, con todos los mozos y mozas del pueblo vestidos de fiesta, tocando la pandereta y cantando canciones alusivas al diputado y la junta, y los acompañan hasta el confin del inmediato lugar, en donde sucede lo propio con los mozos, mozas, panderetas, cohetes, tamboril, repique general de campanas en todas partes, de modo que esta marcha puede llamarse verdaderamente triunfal. El tesorero de provincia, que se ha adelantado á la junta, toma nota de todos los mozos y mozas que han salido á recibirla, y al regreso les da á peseta para cada uno de ellos y ellas, cuya distribución se encarga á la moza mayor: que es la que tiene la pandereta del pueblo, cuyo cargo es anual y turna entre todas las del lugar.

Después de la descripción de esta solemnidad que tiene cierto sabor á antigüedad como todas las costumbres de aquellas provincias tan amantes de sus usos, de su legislación especial y de su lengua, nada notable encuentro para decir á mis lectores. Mayo se va entre lluvias y fresco (por no decir frío) impropio de una primavera bien educada, y yo debo concluir mi revista para que vaya camino del nuevo mundo después de saludar á mis lectores desde la corte de España.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 30 de mayo 1859.

La batalla de Montebello.

El primer encuentro importante entre los aliados y los austriacos ha tenido lugar en Montebello. Antes de trasladar aquí el parte oficial de la batalla, diremos que el pueblo de Montebello es celebre ya en los fastos militares de la Francia por la victoria que el 9 de junio de 1800 ganó á los austriacos el general Lannes, á quien el primer cónsul habia dado el encargo de defender el camino de Alejandría á Plasencia, situado sobre la ribera derecha del Pó. El brillante combate de que fué entonces teatro, fué tambien el preludio de la gloriosa jornada de Marengo.

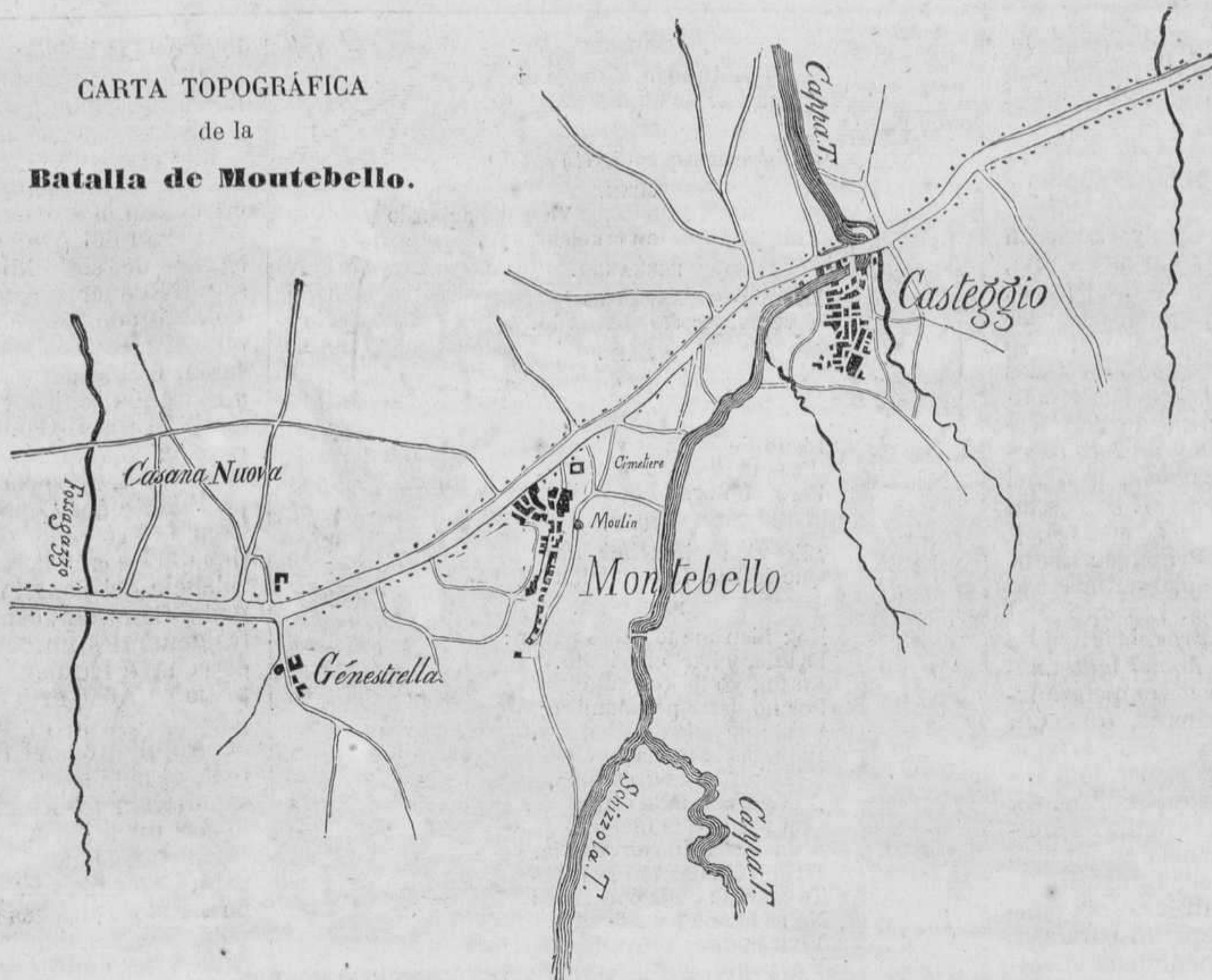
Recordando indudablemente los austriacos aquella campaña, que tan fatal les fué, ocuparon esta vez con

anticipacion todos los caminos que aseguran sus comunicaciones con la Lombardia, y mas particularmente el paso del Pó, por la Stradella, que en caso necesario ofrece á sus columnas fácil medio de volver á ganar la orilla izquierda de aquel rio.

La Stradella es el punto mas estrecho del valle del Pó, cuya latitud en este paraje es inferior al alcance de un tiro de cañon; pero á derecha é izquierda de este punto, no tiene el mismo valle menos de dos ó tres leguas de anchura, y á él vienen á desembocar los últimos eslabones de los Alpes ligurienses, que dominan el camino de Plasencia. El ejército que ocupa estas alturas, cuyo pié se aproxima tanto al rio, que solo deja un estrecho pasaje al camino real, es dueño, en realidad, de esta posicion eminentemente estratégica. Hé aquí lo que da tan extrema importancia á la posesion del pueblo de Casteggio, que está edificado sobre el camino mismo.

En la época de la campaña de 1800, la situacion de este pueblo que forma el cen-

CARTA TOPOGRÁFICA
de la
Batalla de Montebello.



tro del enemigo, no habia escapado á la penetrante vista de Lannes, que deseoso de ocuparlo, lanzó sus columnas de ataque contra esta posicion, de que no pudieron apoderarse definitivamente los franceses, sino despues de una lucha encarnizada. Pocos dias hace, y la víspera misma del nuevo combate de Montebello, los austriacos han querido renovar aquella diestra operacion; pero despues de tres ataques sucesivos, bizarramente rechazados, se han visto en la precision de renunciar á esta tentativa.

Hé aquí ahora el parte del general Forey relativo á la batalla de Montebello:

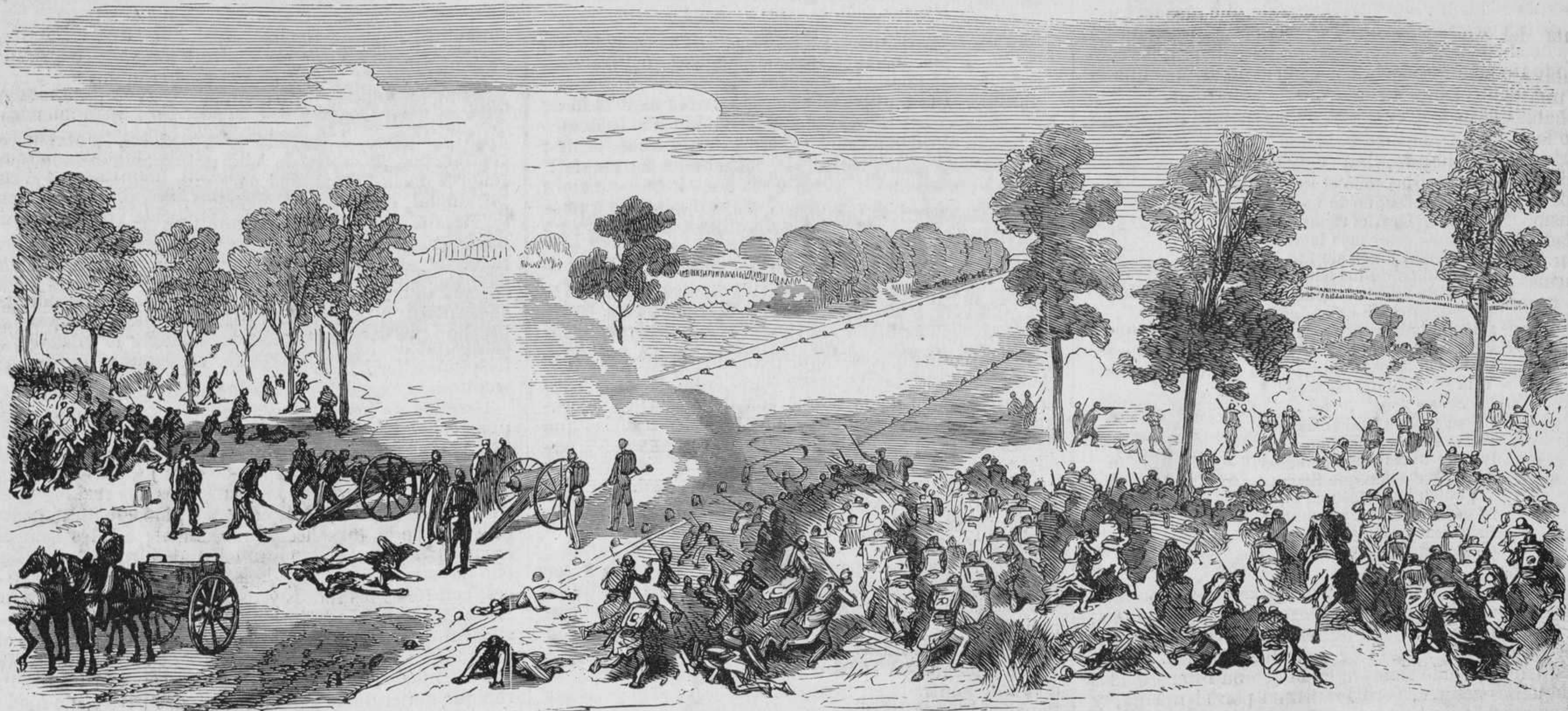
EJÉRCITO DE ITALIA.

1^{or} GUERPO. — 1^a DIVISION.

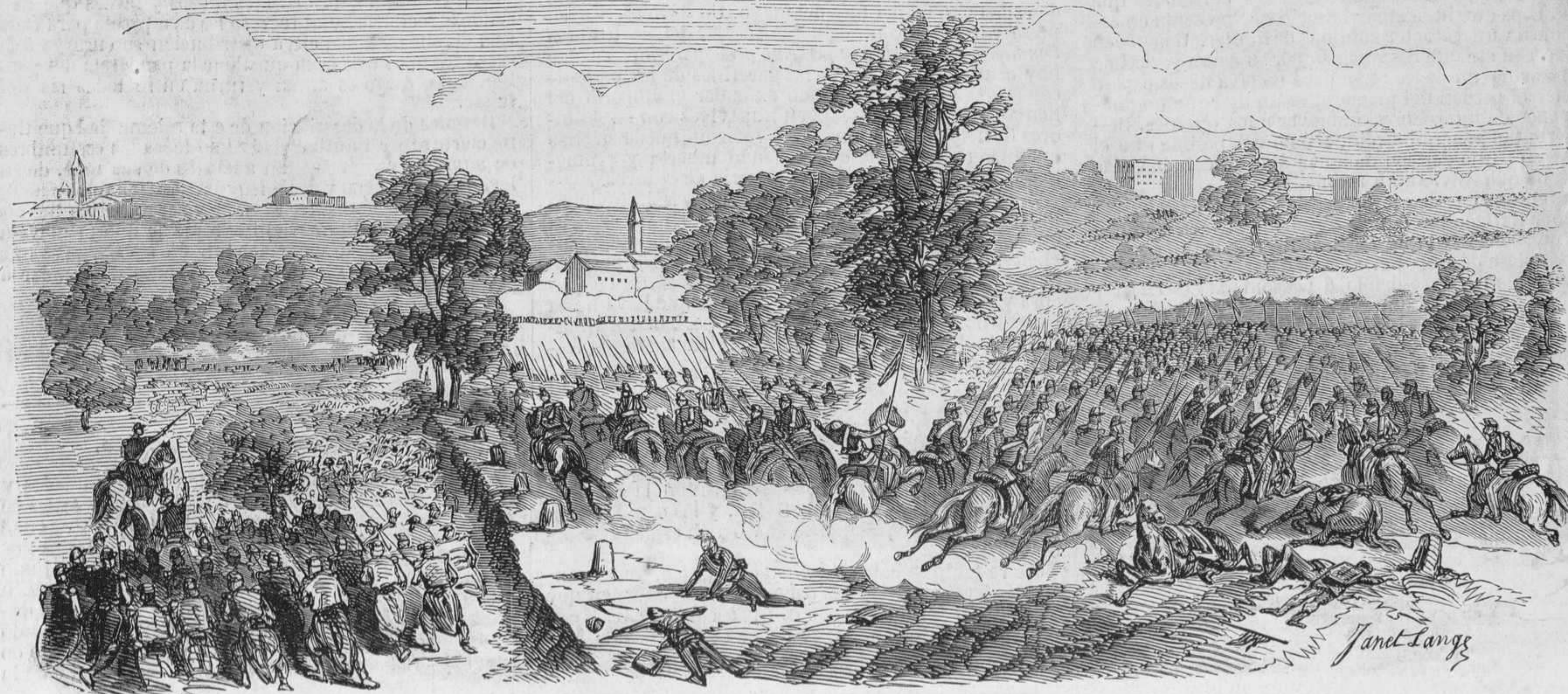
Parte oficial del general Forey, transmitido al emperador por S. E. el mariscal Baraguey-d'Hilliers.

Voghera 20 de mayo de 1859, á las 12 de la noche.

Señor mariscal,
Tengo el honor de daros



LA DIVISION FOREY COMBATIENDO EN LA BATALLA DE MONTEBELLO.



CARGAS DE LA CABALLERIA PIAMONTESA MANDADA POR EL GENERAL SONNAZ.

Janet-Lange



RETIRADA DE LOS AUSTRIACOS. — MUERTE DEL GENERAL BEURET.

cuenta del combate que ha sostenido hoy mi división.

Habiendo sido avisado á las doce y media del día de que una fuerte columna austriaca, provista de artillería, había ocupado á Casteggio y rechazado de Montebello las grandes guardias de caballería piemontesa, me dirigí inmediatamente á las avanzadas situadas en el camino de Montebello con dos batallones del 74º, destinados á relevar dos batallones del 84º acantonados en el mismo camino en frente de Voghera y á la altura de la Madura.

Durante este tiempo, el resto de mi división tomaba las armas; una batería (6ª del 8º regimiento) marchaba á la cabeza.

Al llegar al puente echado en el riachuelo llamado Fossagazzo, límite extremo de nuestras avanzadas, hice

poner en batería una sección de artillería, apoyada en sus flancos por dos batallones del 84º con sus tiradores desplegados á la orilla del riachuelo.

Durante este tiempo, el enemigo había avanzado de Montebello sobre Ginestrello, y habiendo sido informado de que se dirigía sobre mí en dos columnas, la una por la carretera, la otra por la calzada del ferro-carril, mandé al batallón de la izquierda del 74º que cubriera la calzada en Cascina Nuova, y al otro batallón que se dirigiera hácia la derecha del camino, á retaguardia del 84º.

Apenas había terminado este movimiento cuando se empeñaba en toda la línea un vivo tiroteo entre nuestros tiradores y los del enemigo que avanzaba sobre nosotros, sosteniendo á sus tiradores con cabezas de columna que desembocaban de Ginestrello. La artillería

rompió su fuego contra ellas con buen éxito; el enemigo contestó á él.

Entonces mandé avanzar á mi derecha. El enemigo cedió al arrojo de nuestras tropas; pero apercibiéndose que no tenía yo á la izquierda del camino mas que un batallón, dirigió contra él un fuerte cañoneo. Gracias al vigor y firmeza de este batallón, mandado por el coronel Cambriels, y á las cargas felices de la caballería piemontesa, admirablemente conducida por el general Sonnaz, los austriacos tuvieron que retirarse.

En este momento se incorporó á mí el general Blanchard, seguido del 98º y un batallón del 91º (los otros dos se habían quedado en Oriolo donde han tenido un encuentro), y le di orden para que fuera á relevar al batallón del 74º, encargado de detender la calzada del ferro-carril, y se estableciera fuertemente en Cascina



OCUPACION DE CASTEGGIO POR EL EJERCITO FRANCÉS DESPUES DE LA BATALLA DE MONTEBELLO.

Tomás se cree desfigurado, lo que equivale á estar perdido, pues se hallaba á punto de contraer un matrimonio que debía proporcionarle una buena fortuna. En su furor llama al comisario de policía.

El tribunal correccional ha resuelto la contienda. Tomás no estaba desfigurado; habia creído recibir una rociada de ácido nítrico, cuando no era otra cosa que un vinagre de tocador. Julia ha salido victoriosa: el casamiento de Tomás se ha deshecho, y como la queja de este último no estaba justificada, el tribunal no la ha impuesto á ella ninguna pena.

MARIANO URABIETA.

Los tratados de 1815.

Citándose á dada instante con motivo de la guerra actual los artículos de los tratados de 1815, creemos oportuno dar aquí el contrato que lleva el nombre de Santa Alianza y el acta adicional del congreso de Viena, por la cual se hizo una repartición de la Europa después de la caída del imperio francés.

EN NOMBRE DE LA SANTISIMA É INDIVISIBLE TRINIDAD.

SS. MM. el emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de Rusia, en vista de los grandes acontecimientos que han señalado en Europa el curso de los tres años últimos, y principalmente de los beneficios que ha placido á la Divina Providencia derramar sobre los Estados cuyos gobiernos han puesto su confianza y su esperanza en ella sola, habiendo llegado á persuadirse íntimamente que es preciso asentar la marcha que deben adoptar las potencias en sus mutuas relaciones, sobre las sublimes verdades que nos enseña la religión eterna del Salvador.

Declaran solemnemente que la presente acta no tiene por objeto manifestar á la faz del universo su incontrastable resolución de no tomar otra regla para su conducta, ya sea en la administración de sus respectivos Estados, ya sea en sus relaciones políticas con los demás gobiernos, sino los preceptos de esta religión santa, preceptos de justicia, de caridad y de paz, los cuales, lejos de ser únicamente aplicables á la vida privada, deben por el contrario influir directamente en las determinaciones de los príncipes y guiar todos sus pasos, como que son el único medio de consolidar las instituciones humanas y de poner remedio á sus imperfecciones.

En su consecuencia SS. MM. han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1º Con arreglo á las palabras de las Santas Escrituras que mandan á todos los hombres mirarse como hermanos, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los vínculos de una indisoluble fraternidad, y considerándose como compatriotas se prestarán en cualesquiera ocasiones y lugares, auxilio, ayuda y socorro; mirándose con respecto á sus súbditos y ejércitos como padres de familia, les dirigirán con el mismo espíritu de fraternidad de que se hallan animados para proteger la religión, la paz y la justicia.

Art. 2º En su consecuencia, el único principio en vigor, ya sea entre los referidos gobiernos ó entre sus súbditos, será el de prestarse recíprocamente servicio de probarse por una benevolencia inalterable el afecto mutuo de que deben estar animados, de no considerarse sino como miembros de una misma nación cristiana, no mirándose los mismos tres príncipes aliados sino como á delegados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia, á saber, el Austria, la Prusia y la Rusia; confesando asimismo que la nación cristiana, de la que ellos y sus pueblos forman parte, no tiene realmente otro soberano que aquel al que solo pertenece con propiedad el poder, porque en él solo se encuentran todos los tesoros del amor de la ciencia y de la sabiduría infinita, esto es, Dios, nuestro divino Salvador Jesucristo, el verbo del Altísimo, la palabra de la vida. SS. MM. recomiendan en consecuencia con la mas tierna solicitud á sus pueblos como el único medio de gozar de esa paz que nace de la buena conciencia, y que solo es duradera de fortificarse cada día mas en los principios del ejercicio de los deberes que el Divino Salvador ha enseñado á los hombres.

Art. 3º Todas las potencias que quieran profesar solemnemente estos principios sagrados que han dictado el presente acto, y reconozcan cuán importante es á la dicha de las naciones, por tanto tiempo agitadas, el que estas verdades ejerzan en adelante sobre los destinos de los hombres todo el influjo que les corresponde, serán recibidas con tanto ahínco como afecto en esta santa alianza.

Hecho por triplicado y firmado en Paris el año de gracia de 1815, el 14 y 26 de setiembre. — (Firmado.)

FRANCISCO.
FEDERICO GUILLERMO.
ALEJANDRO.

Conforme con el original.

ALEJANDRO.

En San Petersburgo el día de la Natividad de Nuestro Salvador, 25 de diciembre de 1815.

ACTA FINAL DEL CONGRESO DE VIENA.

En nombre de la Santísima é Indivisible Trinidad.

Habiéndose reunido en Viena las potencias que han firmado el tratado celebrado en Paris en 30 de mayo de 1814 para completar las disposiciones del mismo y hacer los arreglos necesarios á la pacificación general etc., han autorizado á sus plenipotenciarios para ajustar y firmar los artículos siguientes:

I. El ducado de Varsovia queda reunido al imperio de Rusia, para ser poseído por S. M. el emperador de la misma, sus herederos y sucesores perpetuamente. Su Majestad imperial usará con sus demás títulos el de «czar, rey de Polonia.» Los polacos, súbditos respectivos de la Rusia, del Austria y de la Prusia, tendrán una representación é instituciones nacionales, arregladas segun el modo de existencia política que juzgue útil y conveniente concederles cada uno de los gobiernos á que pertenecen.

II. La ciudad de Cracovia con su territorio, queda declarada para siempre ciudad libre, independiente y estrictamente neutral, bajo la protección de la Rusia, del Austria y de la Prusia.

III. S. M. el rey de Sajonia renuncia para siempre por sí y sus descendientes y sucesores los derechos y títulos sobre los distritos y territorios de su reino que han sido reunidos á la Prusia. Estos distritos y territorios serán designados con el nombre de «ducado de Sajonia», y el rey de Prusia añadirá á sus títulos de duque de Sajonia, margrave de las dos Lusacias y langrave de Turingia.

IV. El Austria, la Rusia, la Gran Bretaña y la Francia garantizarán al rey de Prusia la posesión de los países designados en el artículo precedente.

V. Habiendo vuelto el rey de Prusia á la posesión de sus derechos, de resultas de la última guerra, vuelve á tomar nuevamente posesión de la ciudad de Dantziak, del círculo de Gohbns, de la Vieja-Marcha, de la parte del ducado de Magdeburgo, situado en la orilla izquierda del Elba, de Paderbon, de Neufchatel, etc., etc.

VI. El rey de Prusia reunirá á su monarquía á la parte de acá del Rin, la ciudad de Wetclar y su territorio, el gran ducado de Berg, el ducado de Westfalia, el condado de Dortmund y el principado de Siejen, y en la orilla izquierda, de las ciudades y territorios que extensamente se expresan en el tratado.

VII. El rey de la Gran Bretaña sustituirá á su antiguo título de «elector del santo imperio romano» el de «rey de Hannover.»

VIII. El rey de Prusia le cede el principado de Hildesheim, la ciudad de Gozlar, el principado de Ost-Frise, etc.

IX. El rey de la Gran Bretaña cede al rey de Prusia una parte del ducado de Luxemburgo, las bailías de Klotz, de Elvingerode, de Rekeberga, etc.

X. El rey de Baviera poseerá en toda propiedad y soberanía el gran ducado de Wurzburg.

XI. La ciudad de Francfort con su territorio queda declarada libre y hará parte de la liga germánica.

XII. El príncipe primado recibirá á contar desde 1º de junio de 1814 una pensión vitalicia de cien mil florines por vía de indemnización.

XIII. Se agrega al gran ducado de Hesse, en cambio del Westfalia que se cede al rey de Prusia, un territorio en la orilla izquierda del Rin, en lo que fué departamento de Mont-Tonnerre, comprendiendo una población de 140,000 habitantes.

XIV. Se reúne al reino de los Países Bajos el antiguo ducado de Luxemburgo; pero la misma ciudad de Luxemburgo será considerada, con respecto á lo militar, como fortaleza de la Confederación germánica.

XV. Se reconoce como base del sistema helvético la integridad de los diez y nueve cantones suizos, tales como existían en cuerpo político cuando el convenio de 29 de diciembre de 1813.

XVI. El Valais, el territorio de Ginebra y el principado de Neufchatel quedan reunidos á la Suiza, y formarán tres nuevos cantones.

XVII. El obispado de Basilea y la ciudad de Bienne serán parte del canton de Berna.

XVIII. Los estados que componían la ex-república de Génova quedan reunidos para siempre á los estados del rey de Cerdeña.

XIX. Los límites de los estados del rey de Cerdeña, por el lado de la Francia, son como existían en 1º de enero de 1792, excepto las variaciones hechas por el tratado de Paris de 30 de mayo de 1814.

XX. El emperador de Austria reunirá á su monarquía para poseerlos perpetuamente por sí y sus sucesores los estados que componían la ex-república de Venecia, los ducados de Milan y de Mantua, el condado de Tirol, la ciudad de Trieste, la Carniola, la alta Carintia, los valles de la Valtelina, de Bormio y de Chavenna, el territorio de la ex-república de Ragusa, etc.

XXI. El archiduque Francisco de Este y sus herederos poseerán en toda propiedad y soberanía los ducados de Módena, de Regio y de Mirándula.

XXII. S. M. la emperatriz María Luisa poseerá en toda propiedad y soberanía los ducados de Parma, de Plasencia y de Guastala. La reversion de estos países se determinará de comun acuerdo entre las córtes de Austria, de Rusia, de Francia, España, Inglaterra y Prusia.

XXIII. El archiduque Fernando de Austria queda restablecido, tanto para él como para sus herederos, en todos sus derechos de soberanía y propiedad sobre el gran ducado de Toscana, al cual se reunirá el estado «de los presidios», la isla de Elba y los feudos imperiales de Vernio, Motanto y Monte Santa María.

XXIV. El principado de Luca será poseído en toda soberanía por S. M. la infanta María Luisa y sus descendientes en línea directa y masculina. A las rentas de este principado se añadirá una de 150,000 francos que el emperador de Austria y el gran duque de Toscana se obligan á pagar puntualmente, hasta que las circunstancias permitan dar otro estado á S. M. la infanta María Luisa y á su hijo.

XXV. S. M. el rey Fernando IV queda restablecido

para sí y sus herederos en el reino de Nápoles, y reconocido por las potencias como rey del reino de las Dos Sicilias.

XXVI. El príncipe regente de Portugal se obliga á restituir al rey de Francia la Guyana francesa hasta el río de Oyapock.

XXVII. Habiendo usado de la lengua francesa en todas las copias del presente tratado, queda reconocido por las potencias que han concurrido á este tratado, que el uso de dicho idioma en nada alterará en lo sucesivo, ni podrá servir de argumento contradictorio.

XXVIII. Se guardará en Viena en los archivos de córte y estado de S. M. I. un ejemplar de este tratado general, para servir en el caso de que una ó otra de las córtes de Europa juzgue conveniente consultar el texto original de este documento.

En fe de lo cual los plenipotenciarios respectivos han firmado:

Por el Austria, el príncipe de Metternich y el baron de Weseberga.

Por la Francia, el príncipe de Talleyrand, el duque de Dalberg y el conde Alejo de Noailles.

Por la Inglaterra, MM. Chancery Cathar y Stewart.

Por el Portugal, el conde de Palmela, don Antonio de Saldanha y don Joaquín Lobo de Silveira.

Por la Rusia, el príncipe de Ranzomoffski, el conde de Stakelberga y el conde de Nesselrode.

Por la Suecia, el conde Carlos Axel de Lovvenhielm.

La esperanza.

(EN TL..)

Para recitar al piano.

Juventud, frágil gondola henchida
De ilusiones de amor y de azahares,
¿Porqué surcas el mar de la vida
A los ecos de alegres cantares?

Turbias nieblas el ancho horizonte
Oscurecen de tu porvenir,
Y el Océano encrespado, cual monte,
Tu esperanza contigo va á hundir.

¡Ay! que crugen tus lados batidos
Al oleaje de ruda pasión,
Y doblega tus mastes erguidos
El aliento del raudo aquilon.

Ya se pierde tu entena en el cielo,
Ya al umbrío profundo resbalas,
Mientras cierne en las nubes el vuelo
La tormenta, batiendo sus alas.

Ya en tus vergas el rayo sorpea,
Y en el cénit el trueno retumba,
Ya te cubre la hirviente marea
Y te arrastra del mar á la tumba.

¡Juventud! la esperanza que anhelas
No persigas con loca arrogancia:
Ten el rumbo, recoge tus velas:
Vuelve al puerto feliz de la infancia.

No: que vaga entre la bruma
Blanca nube en lontananza
De las ondas en la espuma,
Y esa nube es mi esperanza.

Ténue gasa trasparente
Que predices la bonanza,
Sé la aureola refulgente
Que corone mi esperanza.

¿Qué me importa el porvenir,
Si háciacmí la nube avanza,
Y tras ella veo lucir,
Cual lucero, mi esperanza?

¡Salve, estrella que al nacer
Viertes luz de bienandanza!
¡Salve tú, bella mujer,
En quien pongo mi esperanza!

LA ESPERANZA.

(EN DIOS.)

JACULATORIA.

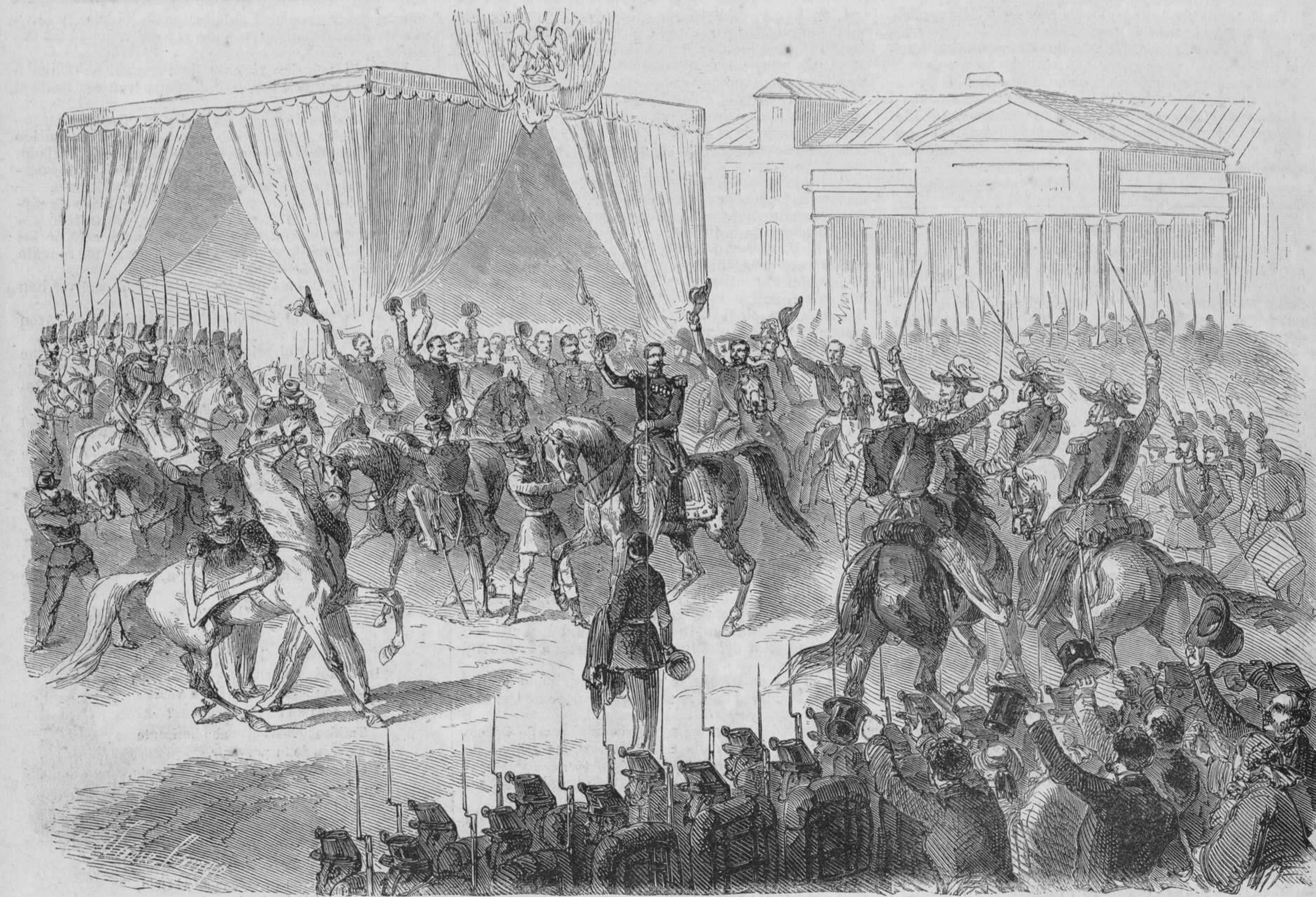
Traducción literal del francés.

Nada hay mas dulce aquí que la esperanza,
Cuando llenos de fe nos prosternamos
Ante nuestro buen Dios, y pronunciamos
La palabra *perdon*. El sin tardanza
Templa entonces sus iras, y nos abre
Cual clementísimo padre,
Las puertas de la eterna venturanza.
Mas piensa pecador, en tu flaqueza,
Que el eco de su voz que dice *espera*,
Repite con presteza:

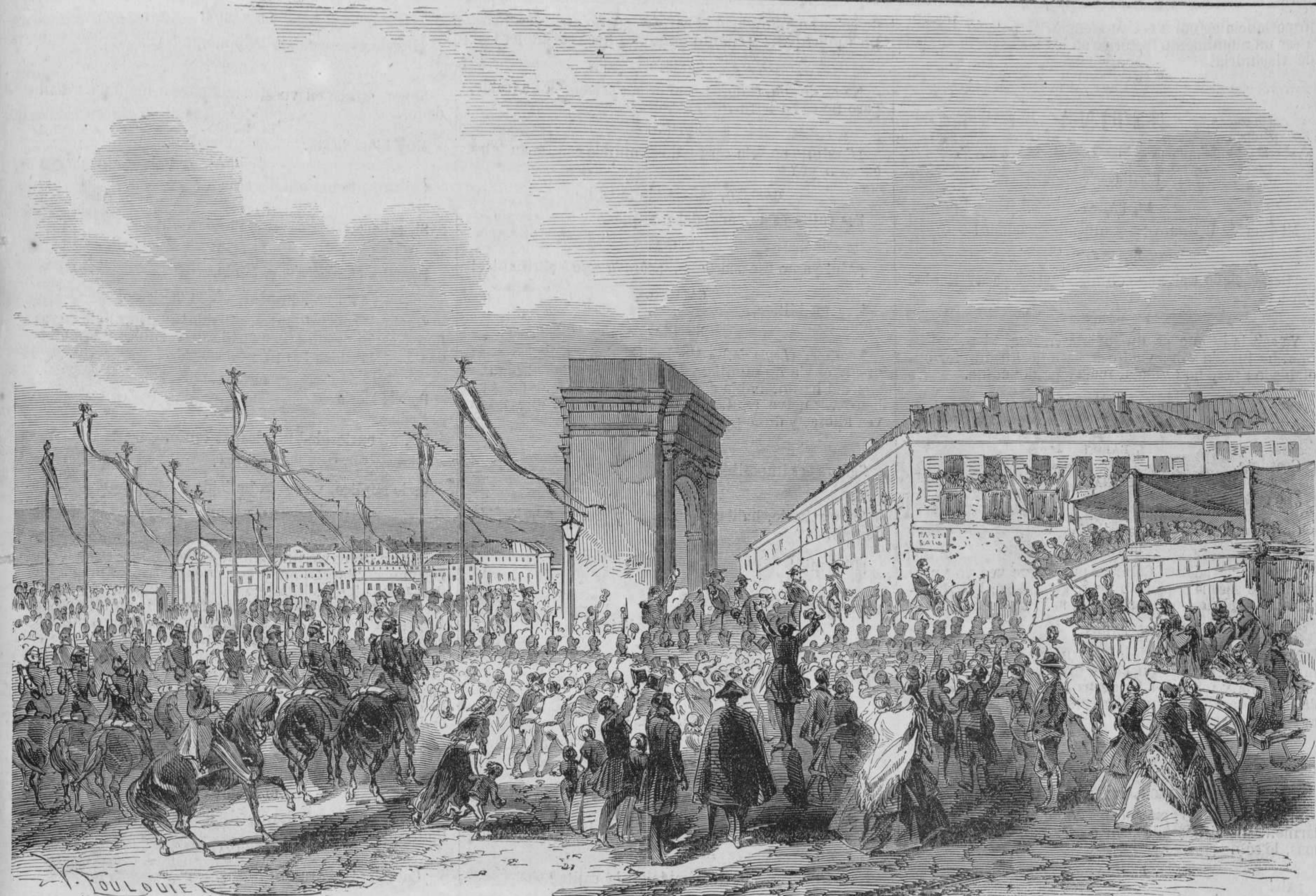
«No vuelvas á pecar y tu alma muera.»

Nuestra esperanza en Dios solo cifremos,
Y auxilio en la aflicción siempre hallaremos.

LUIS DEL BARCO.



LLEGADA DE S. M. EL EMPERADOR NAPOLEON A ALEJANDRIA.



S. M. EL EMPERADOR DIRIGIENDOSE AL PALACIO REAL POR LA VIA LARGA.

El emperador Napoleon en Alejandria.

Antes de hablar de la llegada del emperador Napoleon a Alejandria y de su instalacion en ella, vamos a trasladar aqui una correspondencia francesa fechada en esa ciudad el 19 de mayo, en que se dan noticias interesantes sobre el estado actual de Alejandria.

«Hasta ahora, dice M. F. Quesnoy, autor de esa correspondencia, las divisiones Renault, Bourbaki y Trochu han ocupado la ciudad y sus inmediaciones. El 4º cuerpo del general Niel ha sido acantonado en las aldeas; pero la llegada continua de tropas produce movimientos en relacion con los recursos de las localidades. Segun su importancia, las aldeas reciben dos, tres companias y a veces mas; los cortijos y los caserios se encuentran tambien llenos de tropa.

La ciudad de Alejandria no se hubiera mencionado nunca si no estuviera rodeada de fortificaciones que hacen de ella una plaza de guerra de primer orden. Ocupa una posicion estrategica importante para el Piamonte. Cubre a Turin y a Génova contra las invasiones, como lo hemos visto por el movimiento retrógrado del ejército austriaco que marchaba hacia Turin, movimiento que se efectuó en cuanto se supo la llegada de las tropas francesas que iban a esa plaza. Por eso sus fortificaciones son objeto de un cuidado particular. Su estado actual pone a la plaza al abrigo de todo ataque en tiempo ordinario; y si lo que no es creible, fuese atacada hoy, se necesitaria un sitio largo y bien dirigido para tomar esa fortaleza defendida por el ejército franco-sardo.

La ciudadela se halla separada de la ciudad por el Tanaro; es como un objeto de arte en fortificacion; su armamento es formidable, y se pueden abrigar alli los hombres suficientes para su defensa. Además de esas obras permanentes, el estado de guerra ha dado margen a crear otras nuevas. Se han restaurado varios fuertes sueltos y se han construido otros. Mas arriba del puente del Bormida una cabeza de puente presenta sus troneras sobre el camino y todas las partes próximas al puente; las casas tambien están fortificadas.

En Alejandria la mayor parte de las familias ricas conociendo que sus habitaciones serian necesarias, salieron de la ciudad poniéndolo todo a la disposicion del ejército. Los generales, los jefes de cuerpo, los servicios públicos como la tesoreria y la posta, ocupan esas grandes casas a que dan el nombre de *Palazzo*. En los hospitales sardos se han abierto salas para el ejército frances y hay grandes locales abandonados para almacenes. No se comprende cómo puede haber orden en tanta confusion, y sin embargo, todo se hace y todo se organiza, no se suspenden las buenas tradiciones y hasta

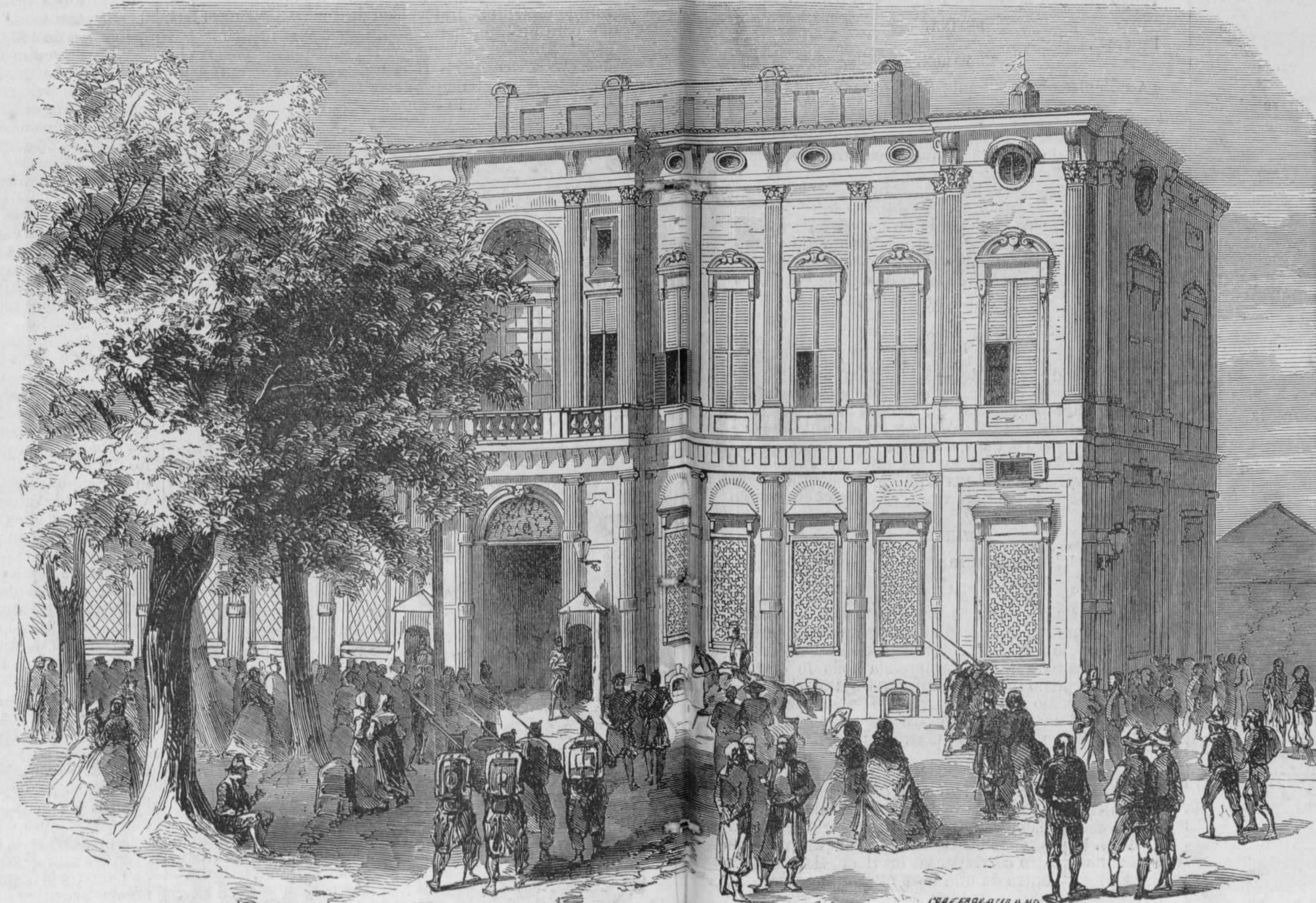
se halla modo de divertirse. Todas las tardes una música militar toca en el palacio real, y a esa hora acuden a pasearse las elegantes.

El palacio real que el rey Victor Manuel ocupa cuando quiere asistir a las grandes maniobras anuales, fué puesto por S. M. a la disposicion del mariscal Canrobert. Es el edificio mayor de Alejandria, de un gran carácter exterior, aunque sin ninguna especie de ornato. En cuanto a los monumentos y a las iglesias seria dificil formarse una idea, pues todo ha sido invadido por la tropa. El santuario de los templos se ha tapiado.

Vamos a entrar en una nueva fase de nuestra situacion militar. Desde hace dias muchos trabajadores se ocupan en adornarlo todo. A la entrada de la ciudad hay un arco de triunfo con tribunas, y palos venecianos se elevan hasta lo alto de las casas. En la plaza del palacio real los vasos de colores forman guirnalda en medio de los árboles; todas las casas están colgadas y llenas de trofeos y adornos de toda clase.

Hasta aqui la carta de M. F. Quesnoy; ahora vamos a dar las explicaciones correspondientes a nuestros dibujos:

El emperador montando a caballo a su entrada en Alejandria. — El convoy imperial que habia salido de Génova el 14 a medio dia, entraba a las tres y media en la estacion de Alejandria. Al punto se espació la noticia por la ciudad y miles de voces gritaron: «Aquí está.» Este grito era mil veces mas enérgico que el estrépito de las salvas de artilleria. El mariscal Canrobert esperaba a S. M. En breve apareció el emperador, y cuando se presentó a la muchedumbre reunida hubo una explosion de bravos y de vivas,



EL PALACIO REAL DE ALEJANDRIA, CUARTEL GENERAL DE S. M. EL EMPERADOR.

lanzados con ese ardor italiano que nada iguala en las manifestaciones entusiastas. Las tropas de los ejércitos aliados formaban la carrera; los tambores, las trompetas y las músicas llenaban los aires. No se oia mas que un grito prolongado, era una especie de delirio. Un arco de triunfo a la entrada de la ciudad recordaba la memorable batalla del principio de nuestro siglo, y saludaba con su inscripcion al heredero de *Marengio*.

Los caballos del servicio de S. M. que seguian al convoy fueron desembarcados inmediatamente, y el emperador montó a caballo en la estacion para hacer su entrada en la ciudad. Ya hemos dicho que todas las casas estaban adornadas con colgaduras, guirnaldas y trofeos; de cada balcon caia una lluvia de flores; todas las señoras que por temor de un ataque súbito del enemigo se habian marchado de Alejandria, habian vuelto para esa fiesta y saludaban con la voz y con el pañuelo al augusto libertador esperado con tanta impaciencia.

El emperador en marcha con direccion al palacio real. — Al salir de la estacion del ferro-carril, el emperador se dirigió hacia el palacio real pasando entre dos pirámides elevadas junto al camino de hierro y por el arco de triunfo que adornaba la entrada de la ciudad. El cortejo siguió la Via Larga que desemboca en la plaza real. Las tropas francesas y piamontesas formaban la carrera; las primeras apoyaban la derecha en el palacio y la izquierda en el camino de hierro. Por consiguiente, las tropas piamontesas tenian su derecha en ese último punto. En las plazas habia tribunas, y los balcones de todas las casas en todo el trayecto estaban llenos de gente. El emperador marchaba solo

delante del cortejo, y respondia saludando y con una emocion visible a los *vivas* que le daban sin cesar. Después del paso de S. M. la calle estaba cubierta de flores.

En las pirámides, en el arco de triunfo, en el zócalo del busto de Napoleon I erigido en la Piazzetta y a la entrada de la Via Larga habia inscripciones compuestas por M. Avv. Damasio.

Hé aqui la que se leia en el busto del emperador Napoleon I:

«A Napoleon III, á Victor Manuel.
Esta imágen elocuente en su silencio,
Sacada á luz

Cuarenta y cuatro años despues del tratado de Viena, Atestigua, afianzándolas, Las glorias de la Francia, las esperanzas de la Italia.»

El palacio real de Alejandria, cuartel general del emperador. — El palacio real que fué en otro tiempo la residencia de la familia Ghilini, ocupa uno de los lados de la plaza Mayor de Alejandria. A pesar de su destino regio, el edificio es poco notable bajo el punto de vista arquitectónico; pero el interior corresponde perfectamente a todas las condiciones de una residencia majestuosa, y además del lujo natural se hallan objetos de arte muy interesantes. Antes de la guerra que ha dado tan grande importancia a la ciudad de Alejandria, el palacio era visitado rara vez por los miembros de la familia real de Cerdeña; hoy es centro de un movimiento extraordinario.

En ese palacio estableció el emperador su cuartel general. La plaza que tiene delante está plantada de árboles y sirve de paseo público. En otro lado de la plaza está la casa de ayuntamiento y el teatro. Desde la llegada del emperador, una afluencia considerable de curiosos llena durante todo el dia las inmediaciones del palacio. Por la tarde a la hora de la retreta el paseo se anima con la presencia de las señoras de la ciudad. Los cafés de la plaza se llenan de oficiales.

Por el dia las relaciones del servicio militar con el cuartel general determinan en ese punto una circulacion continua de ordenanzas. El emperador vive en el palacio Ghilini como en medio de un campo. Siempre está rodeado de oficiales. La etiqueta del palacio no es muy severa. Con frecuencia el emperador sale al balcon con los oficiales de su casa, y al punto es saludado con las aclamaciones mas entusiastas.

En el palacio se han celebrado ya algunos consejos de guerra. Además del rey Victor Manuel que ha visitado en Alejandria al emperador, el conde de Cavour ha tenido en el palacio Ghilini una entrevista con S. M. No es dudoso que por todos esos títulos que dan una

importancia actual á esa residencia, el palacio llegará á ser un monumento histórico en los fastos de la ciudad de Alejandría.

BETINA

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuación.)

EL BARON.

Mi querida Betina... ¡soy muy desgraciado!

BETINA.

¡Desgraciado estando conmigo! ¿Qué pasa? Hablad pues.

EL BARON.

Ya sabéis lo que es un jugador... pues bien, amiga mía, he jugado y he vuelto á casa de un humor endiablado; pero no es nada, nada; perdonadme.

BETINA.

Aun no me decís la verdad.

EL BARON.

Creedme.

BETINA.

¿Lo ordenais?

EL BARON.

Os lo suplico.

BETINA.

Creo por agradaros. Calmaos pues; que vea yo vuestra frente serena y plácida no cargada de nubes y tempestades... ¿Nuestro amor habría sido un sueño?...

EL BARON.

No, tanto amor no puede ser un sueño, tanta esperanza de felicidad no puede ser una mentira... lo juro, lo juro una y mil veces á vuestros piés. (Se pone de rodillas.) Me acabo de mostrar celoso sin razón, cuando os he dado tantos motivos...

BETINA.

No hablemos de eso.

EL BARON, levantándose.

Sí, quiero hablar, estoy cansado de fingir, de violentarme... Mis visitas á la princesa os han costado lágrimas, lo sé...

BETINA.

¡Ah!

EL BARON.

No quiero verla mas, no quiero ni que me hablen de ella. Vivamos en nuestra casa, para nosotros, y que el mundo entero nos olvide... Ahí está el escribano, ¿no es verdad? Pues bien, firmemos ahora mismo. Los testigos no han llegado... yo sé por qué, os lo diré luego. Llamad á una vecina y yo llamaré al criado, á Calisto. Sea yo vuestro esposo, es lo que anhelo.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, CALISTO.

CALISTO, entrando con una carta y una cajita.

Acaban de traer esta carta para el señor baron.

EL BARON.

¿Y tanto urge?

CALISTO.

Sí, señor; el hombre á quien envían dice que espera la respuesta.

EL BARON.

Veamos lo que es. (Toma la carta.)

CALISTO, dando la caja á Betina.

Esto es para vos.

EL BARON, abre la carta y lee con precipitación.

¡Calisto!

CALISTO.

¡Señor!

EL BARON.

¿Quién es el que espera?

CALISTO.

Un hombre de...

EL BARON.

¿De casa de la princesa? ¿Dónde está?

CALISTO.

En la antesala.

EL BARON.

Bien; voy á hablarle.

ESCENA XIII.

BETINA, CALISTO.

BETINA.

¿Qué otra cosa tenemos? ¿Has notado cómo cambió

de color cuando abrió la carta? ¿Será otra desgracia, Dios mio? ¡Ah! ¡cuánto daño nos hace esa mujer!

CALISTO.

No es de ella, señora; uno de sus criados la ha traído, pero no es su letra.

BETINA.

¿Con que en esta casa todo el mundo conoce su letra excepto yo?

CALISTO, señalando la cajita.

Esa cajita es de parte del marqués.

BETINA.

¡Ah! ya no me acordaba. (Abre la caja.) ¡Brillantes!

CALISTO.

Hay un billete.

BETINA.

Veamos. (Leyendo.) « Me habeis dado permiso para que os envíe un ramillete de bodas... » ¡Cielos! oigo la voz del baron, habla con una fuerza... ¿le oyes, Calisto?... vuelve aquí... guarda ese estuche, que no le vea ahora, y dime pronto, ¿cuánto ha perdido?

CALISTO.

Señora, es imposible.

BETINA.

Debo saberlo, habla pues... ¿quieres que te lo pida de rodillas?

CALISTO.

¡Dios mio!

BETINA.

¿Cien mil francos?

CALISTO, en voz baja.

Si.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, EL BARON.

EL BARON, á Calisto.

¿Qué haces ahí? Retírate. (Vase Calisto.)

BETINA.

Estais conmovido... esa carta... ¿os ha incomodado?

EL BARON.

No por cierto. — ¿Qué habia en la cajita?

BETINA.

Nada... Decidme, amigo mio...

EL BARON.

¡Nada!... no lo creo, algo es.

BETINA.

¡Dios mio! No es un misterio... es un regalo de Stefani.

EL BARON.

¿Y con qué motivo?

BETINA.

Con motivo de nuestra boda.

EL BARON.

¡Un regalo de bodas!... ¿Tiene con vos algún parentesco?

BETINA.

No, pero ya os he dicho que es un antiguo amigo.

EL BARON.

¿Y los antiguos amigos hacen tambien regalos? No conozco yo semejante costumbre. Enseñadme la caja.

BETINA.

La han llevado á mi cuarto. — Pero amigo mio, ¿no quereis decirme cuál era el contenido de esa carta?

EL BARON.

¿Me permitis que llame á vuestra doncella?

BETINA.

¿Para qué?

EL BARON.

Para ver el regalo.

BETINA.

No sé lo que me digo... el estuche no está en mi cuarto... creo que le ha guardado Calisto.

EL BARON.

¡Ah! Si es un objeto de valor, la precaucion es buena. (Llamando.) ¡Calisto!... ¡Calisto!... ¿Dónde estás?

ESCENA XV.

LOS MISMOS, CALISTO.

CALISTO.

Señor...

EL BARON.

¿Dónde estás cuando te llamo yo?

CALISTO.

Señor, estaba en vuestro aposento... me habeis mandado...

EL BARON.

Muy bien, basta.

BETINA.

Calisto, ¿tienes ahí el estuche?

CALISTO.

Sí, señora.

BETINA.

Dámele. (Le entrega al baron.)

EL BARON, abriendo el estuche.

Son hermosos brillantes. ¡Diablo! un ramillete cuyas flores están hechas con brillantes, rubies y esmeraldas!... ¡Magnífico!... ¡Y una carta!..

BETINA.

Podeis leerla.

EL BARON.

No, mi curiosidad no alcanza tanto.

BETINA.

Os lo suplico, yo no la he leído.

EL BARON.

Ya que lo deseais... (Lee.) « Me habeis dado permiso para que os envíe un ramillete de bodas. Si debiera permanecer largo tiempo en esta comarca, os mandaria flores que al marchitarse podrian reemplazarse fácilmente; pero ya que mi mala estrella me prohíbe vivir á vuestro lado, os pido que admitais las que os ofrezco que son un poco menos frágiles. Quiera Dios que este recuerdo de una antigua amistad os traiga otros á la memoria que por mi parte yo no olvidaré nunca. Tendré el honor de veros esta tarde. » ¡Divinamente! Calisto, ¿tendremos los caballos? (Deja el estuche sobre una mesa.)

CALISTO.

Aun no los he pedido... pensaba...

EL BARON.

¿Cuántas veces te he de decir las cosas? Que vaya Pietro al instante.

BETINA.

¡Caballos! ¿Para qué?

EL BARON.

Tengo que ir á la ciudad. Despáchate, Calisto.

BETINA.

Espera...

EL BARON.

¿A quién se obedece aquí? (Calisto se inclina.)

BETINA.

Sé vuestro secreto; no queria decir nada; habria esperado, habria deseado merecer vuestra confianza; pero quereis partir... ¿por qué razon?

EL BARON.

Si lo sabeis, ¿para qué hacéis preguntas? Parece ser que aquí hay mucho cuidado por mis intereses... y tambien se me figura que Calisto reserva con mas discrecion lo que vos le confiáis, que lo que yo le confío.

CALISTO.

Señor, os juro...

EL BARON.

Basta, nada te pregunto. — Yo tambien queria guardar silencio; pero ya que os obstináis en descubrirlo todo, quedareis satisfecha. Si, he obrado imprudentemente; mi palabra está empeñada y mi fortuna tan comprometida ya, se encuentra hoy casi perdida. La carta que he recibido es de un acreedor que me anuncia de repente un viaje, que pretexta una marcha súbita para pedirme dinero, como hace vuestro marqués en sentido contrario.

BETINA.

¡Dios mio! ¿Perdeis la razon?

EL BARON.

No, seguramente; ¿creeis que desconozco esos artificios, esas mentiras de comedia? Suponer que uno se va para que se lo impidan... acompañar el adios con un regalo sólido para que se comprenda todo lo que se pierde... ¡artificio nuevo, mentira maravillosa!... Para no verlo tal como es, seria preciso no haber frecuentado nunca el interior de un teatro, seria preciso no haber conocido mujeres de vuestra especie!...

BETINA.

¡De mi especie!... ¡Ah! quereis ofenderme y no lo conseguireis... no habláis de corazon... si vuestros enojos os hacen injusto, lo mas sencillo es destruir la causa de ellos... Yo no tengo cien mil francos aquí, pero Filippo Valle nuestro corresponsal los tiene. Mandaremos á buscarlos y dentro de una hora estarán en casa.

EL BARON.

No los quiero.

BETINA.

Firmemos los contratos; desde este instante sois mi marido.

EL BARON.

Jamás.

BETINA.

Hace un instante lo queriais.

EL BARON.

¡Jamás á tanta costa!...

BETINA.

¡A tanta costa!... ¡Ah! ya no me amais.

EL BARON.

No se trata de amor en una cuestion de dinero. ¿Qué sucedería si yo cediera? Hariais un papel ridículo, y el mío sería el de un hombre despreciable.

BETINA.

Ese ridículo y ese desprecio me causarían risa.

EL BARON.

¿Y os reiriais también de nuestra ruina?

BETINA.

No la temo. Si vos soportais la pobreza, ¿cómo puedo temerla yo? Si por el contrario os espanta, yo no estoy muerta todavía y sabré...

EL BARON.

¿Volver al teatro? ¡Ah! ese deseo alimentais tanto mas vivo cuanto sabeis que yo no consentiré nunca.

BETINA.

Amigo mio...

EL BARON.

Dejemos eso. No añadiré mas que una palabra; estaba dispuesto á casarme con vos cuando podia aseguraros una existencia honrosa y libre; ahora ya no puedo.

BETINA.

¿Y porqué? ¿Dónde está el motivo?

EL BARON.

¿Y mi nombre? ¿Y mi familia? ¿Y mis amigos? ¿Y la gente?

BETINA.

¡Ah! ¿ese es el obstáculo?

EL BARON.

Sí, no es mas que ese. La sociedad nos separa, la sociedad de quien nadie puede prescindir, que es mi elemento, que es mi vida; no espero nada de ella, pero todo lo temo... Esa sociedad implacable nos deja nuestro libre albedrío, nos mira risueña, no nos señala un peligro, pero al otro día de una falta se cierra delante de nosotros como la losa de una sepultura.

BETINA.

No la daba yo tanta maldad.

EL BARON.

Y hay mas aun; tiene razon en lo que hace. Es increíble lo que perdona, y cómo le sostiene á uno y le defiende mientras uno se conforma con sus leyes, leyes muy suaves, muy indulgentes, muy practicables... pero ¡ay! del que las olvida... ¡Ay! del que abusa de esa impunidad, de esa indulgencia... Está perdido sin remedio.

BETINA.

¿Me dejais pues?

EL BARON.

¿Qué quereis que haga? ¿Con qué cara haria yo el papel de un marido que vive de una fortuna que no es suya, paseando por toda Italia una mujer de quien sería el acompañante, con mi nombre en su pasaporte y mis armas en su coche? Si lo que no es posible, arrojara yo tal vergüenza, sería menester que la mujer fuese digna de tal sacrificio.

BETINA.

¿Es ese el motivo verdadero?

EL BARON.

¿Con que no se comprenden mis palabras? (Señalando el estuche.) El motivo es ese. (Vase.)

ESCENA XVI.

BETINA, CALISTO.

BETINA.

Calisto.

CALISTO.

Señora.

BETINA.

Estoy perdida.

CALISTO.

Señora, no creais...

BETINA.

Estoy perdida, perdida para siempre.

CALISTO.

¡Oh! No creais que el baron haya hablado con sinceridad, no; es imposible. Cambiará de lenguaje cuando se haya calmado su despecho, pues no puede estar irritado contra vos; volverá, señora.

BETINA, mirando por el balcon.

Ya se marcha.

CALISTO.

¿Qué decís?

BETINA.

¿No le ves? Se marcha solo... á pié... ¿Adónde va? A la ciudad sin duda. Corre, Calisto... que se detenga... ¡Ah! ¡las fuerzas me faltan!...

CALISTO.

Voy, señora, os obedezco... pero permitidme...

BETINA.

No, espera, déjale marchar; pero es preciso que te vayas igualmente y que estés en la ciudad antes que él. ¿Podras tomar el atajo por la montaña? (Se acerca á la mesa y escribe.)

CALISTO.

Por vos, señora, subiria al Vesubio.

BETINA.

Solo tú puedes hacer mi encargo. Filippo Valle te conoce. — ¿Y tú conoces á la persona á quien debe el baron?

CALISTO.

El hombre que ha traído la carta me ha dicho que era el conde Stefani.

BETINA.

Aquí tienes esta carta para Valle; tiene míos los fondos suficientes... que envíe el dinero al conde Stefani y que diga que es la princesa quien presta esa suma al baron.

CALISTO.

¿Cómo! Señora, quereis...

BETINA.

Sí; ya no me ama lo bastante para aceptar de mí semejante favor; pero creyendo que viene de ella, aceptará. Vamos, despáchate, Calisto, el tiempo urge.

CALISTO.

Pero, señora, es una cantidad considerable, y hoy mismo habeis dicho al escribano que vuestra fortuna era escasa...

BETINA.

Está bien, no te dé cuidado.

UN CRIADO.

El señor marqués de Stefani pide permiso para entrar.

BETINA.

¡Stefani! (Al cabo de una pausa.) Sí, que entre. Vamos, Calisto, ¿no te marchas?

CALISTO.

¡Ay! Señora...

BETINA.

Te digo que no te dé cuidado; creo que has ofrecido quince mil francos á tu amo, ¿no es verdad?

CALISTO.

Sí, señora; y si pudiera ser...

BETINA.

¿Posees mucho mas?

CALISTO.

En un caso así...

BETINA.

¿Y no quieres que haga yo lo que querias hacer tú? Anda, amigo mio, cuando yo esté pobre me harás tus ofrecimientos y yo los aceptaré.

CALISTO.

Voy á tomar un buen caballo y volveré luego..... ¡Ah! si mi amo es hombre de corazon, dentro de un cuarto de hora estará á vuestros piés.

BETINA.

No me hagais pensar en eso.

ESCENA XVII.

BETINA, EL MARQUÉS saliendo por la derecha, mientras Calisto se va por la izquierda.

EL MARQUÉS.

Es una accion generosa, amiga mia, muy digna de vos, pero envuelve un peligro.

BETINA.

¿De qué me hablais, Stefani?

EL MARQUÉS.

De lo que acabais de hacer.

BETINA.

¿Estábais ahí? ¿Me habriais escuchado?

EL MARQUÉS.

No por cierto; sin embargo, he visto.

BETINA.

¡Marqués!

EL MARQUÉS.

No os enfadeis, amiga mia. Yo llegaba como os he dicho, á despedirme de vos; no habia nadie en la sala baja, nadie en la galería, y esperaba mirando vuestros cuadros á que pasara algun criado cuando oí vuestra voz... No han llegado á mis oídos todas vuestras palabras, pero he comprendido el asunto... Pagais una deuda y no quereis que lo sepa nadie; os ocultais con el nombre de otro... es una accion mas que generosa... ¿Os enfada que yo tenga otras pruebas de los sentimientos que se abrigan en vuestro corazon?

BETINA.

Pero... ¿Hace mucho tiempo que estábais ahí?

EL MARQUÉS.

No mas de dos minutos... os he comprendido vagamente. Cuando ponía el pié en la escalera he visto á vuestro baron de... Steinberg que se marchaba por el jardin... No me ha devuelto mi saludo... ¿Le he hecho alguna cosa?

BETINA.

Apenas os conoce.

EL MARQUÉS.

¿Podriais decir que no me conoce?

BETINA.

Seguramente no os habrá visto. Estaba muy preocupado.

EL MARQUÉS.

Sí, comprendo... sus grandes pérdidas... ¿parece ser que juega mucho?

BETINA.

Sí.

EL MARQUÉS.

Y que no sabe jugar. (Betina se sienta pensativa.) El lansquenet, aunque parece un juego tonto, tiene que entender... hay modos distintos de perder el dinero...

BETINA.

¿Habeis sido jugador?

EL MARQUÉS.

Un poco, y bastante afortunado, porque era muy atrevido cuando ganaba, y en cuanto era contraria la fortuna, el juego me aburría.

BETINA.

Dicen que nadie se corrige de ese vicio.

EL MARQUÉS.

Difícil es... pero yo estoy aquí charlando... no queria mas que besaros la mano, y me voy, que no quiero servir de estorbo...

BETINA.

No, Stefani, quedaos, os lo suplico. Ya que sabeis mis secretos, me perdonareis mis distracciones... ¡ay! las penas no dan amabilidad á las personas.

EL MARQUÉS.

La pena que sufrís os honra en extremo... Y lo que mas me seduce es el modo de hacerlo... ¡Dios mio! vuestra mano es mas ligera cuando obedece á vuestro corazon, que cuando recorre ese piano para expresar vuestro pensamiento.

BETINA.

Sentaos.

EL MARQUÉS, sentándose.

Corriente; con tal de que me prometais advertirme cuando os incomode.

BETINA.

Muy bien, marqués. Y ahora que me acuerdo, me habeis enviado un ramillete magnífico, tanto, que de nadie sino es de vos le aceptaria.

EL MARQUÉS.

No hay perlas ni brillantes que puedan compararse con una palabra de vuestra boca. — Sin embargo, volviendo al otro asunto, ¿no tomais en esas cosas vuestras precauciones?

BETINA.

¿Qué precauciones?

EL MARQUÉS.

Una firma, una hipoteca, una garantía.

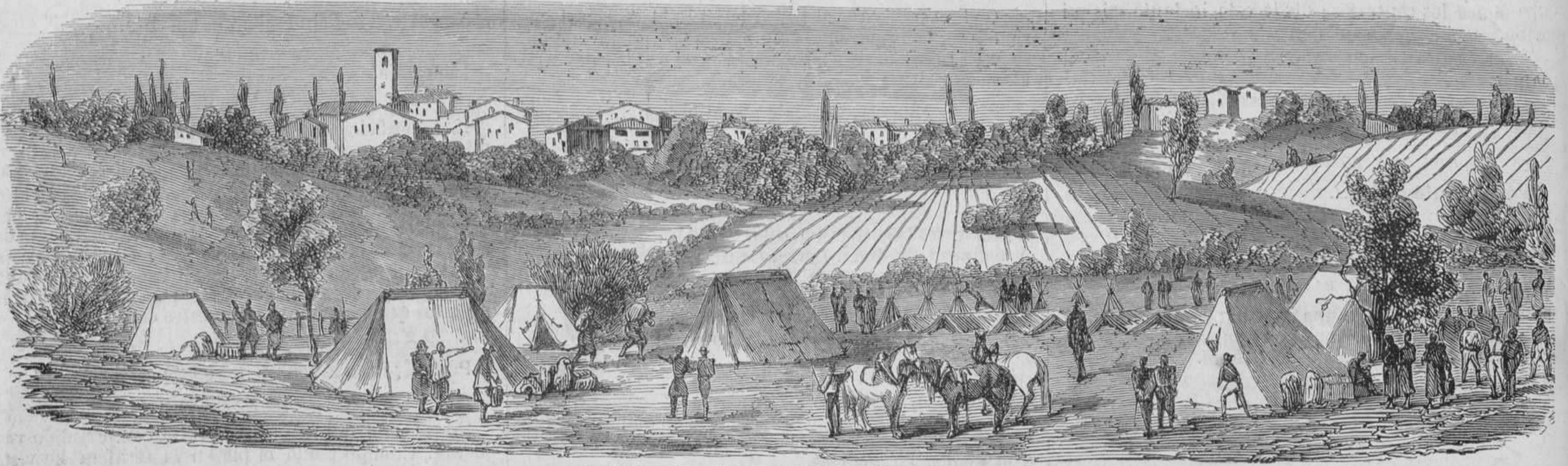
BETINA.

No entiendo nada de eso.

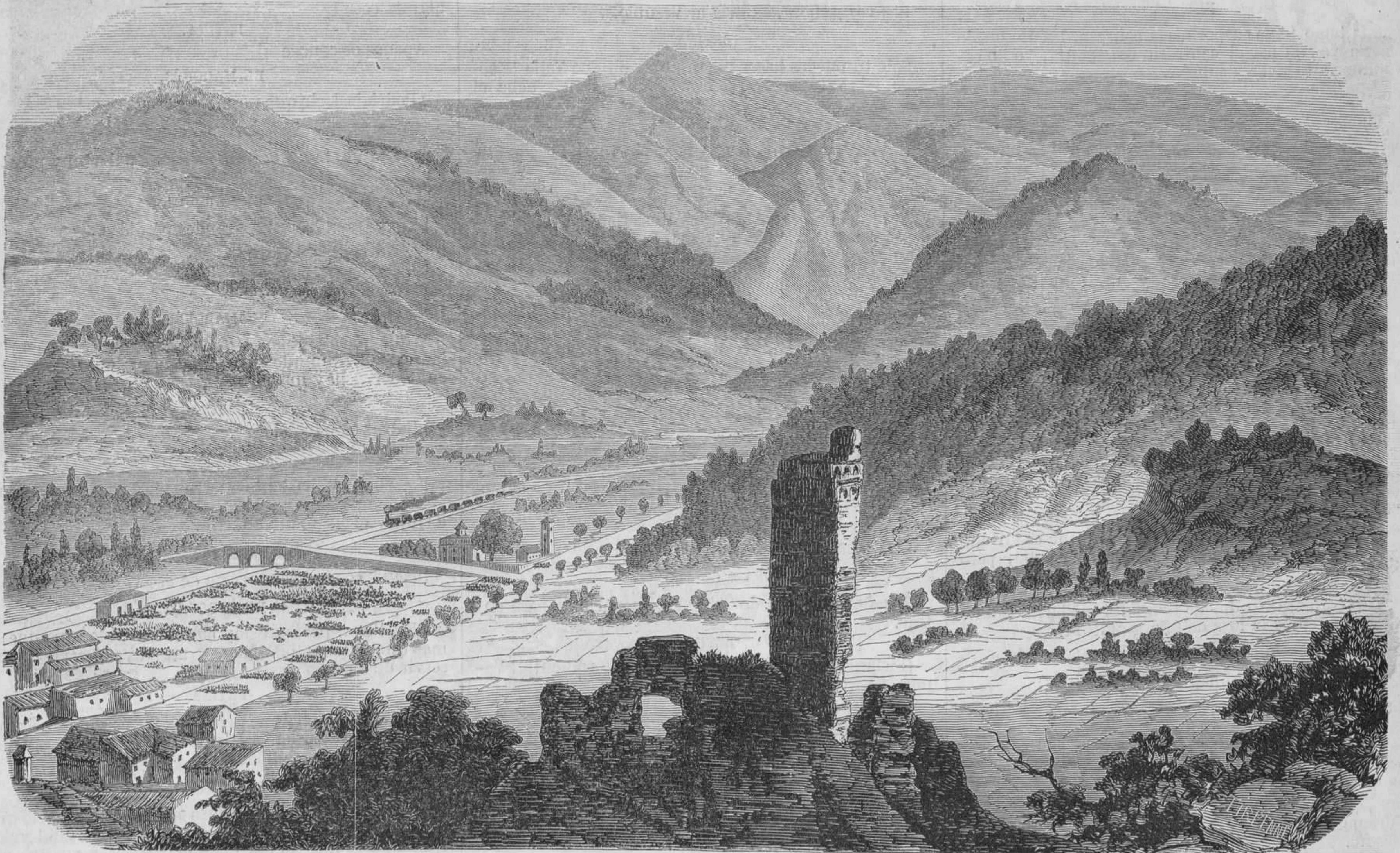
(Se continuará.)

Gavazzano en el camino de Tortona.

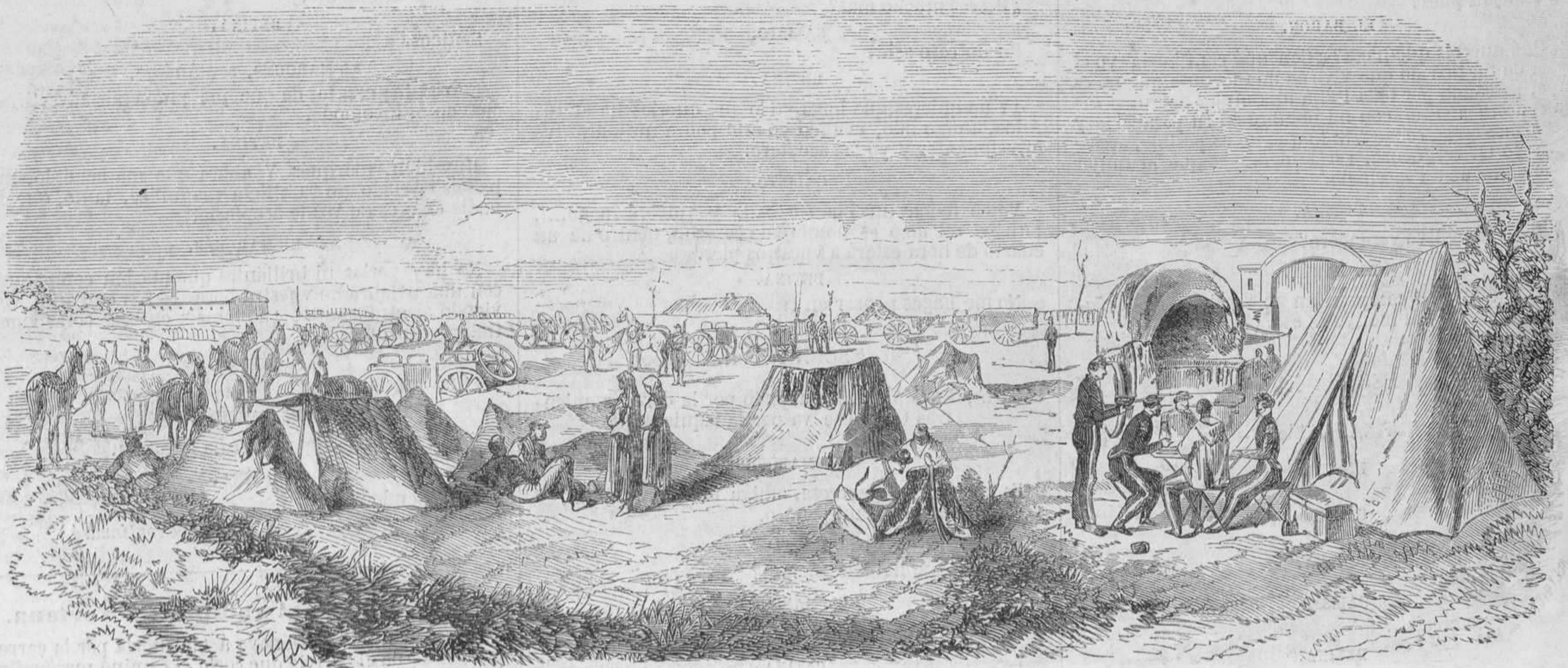
Cuando se pasa de Génova á Alejandría por la carretera, se sigue el Scrivia que corta el camino mas arriba á Pivolta y se arroja en el Pó en la provincia de Voghera. Todo el pais próximo á los Apeninos es suma-



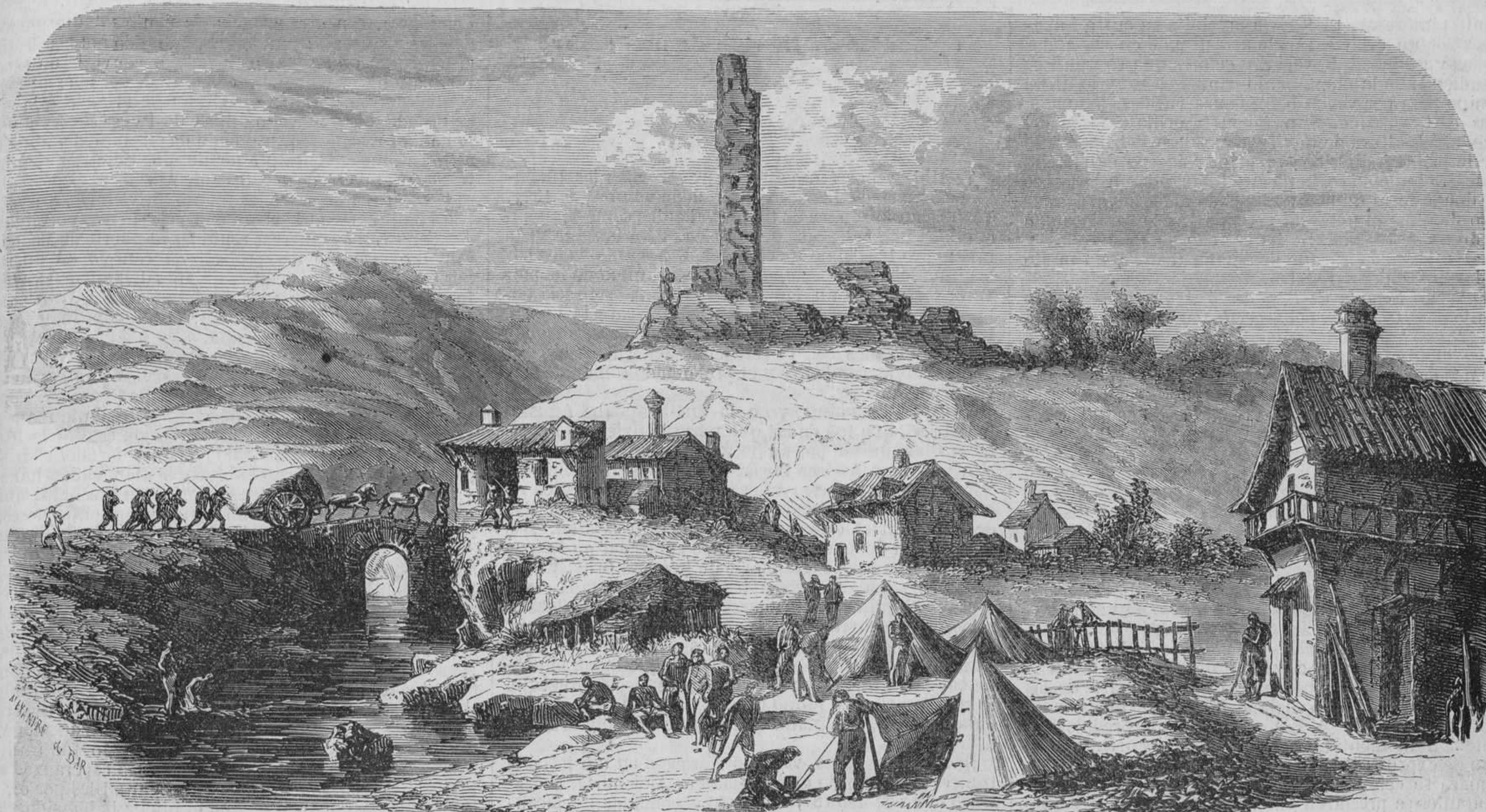
GAVAZZANO, EN EL CAMINO DE TORTONA.



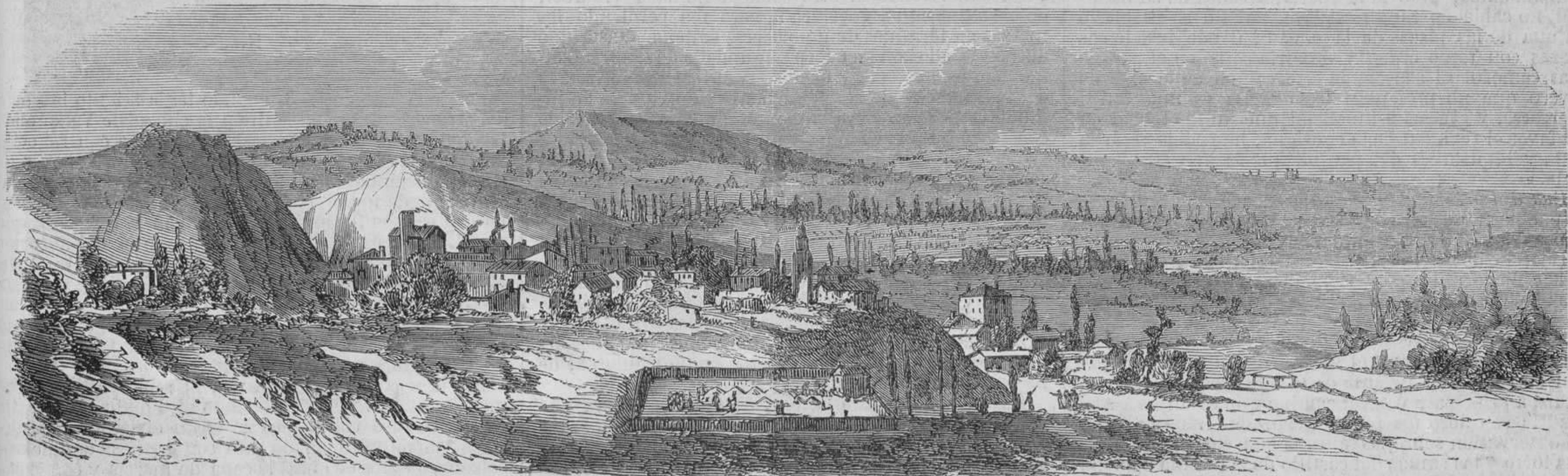
VALLE DEL SCRIVIA, DE RIGOROSO Á ARQUATA.



CAMPAMENTO Y PARQUE DE ARTILLERÍA EN ALEJANDRÍA.



GUARDIA PRINCIPAL Y PUESTO AVANZADO EN ARQUATA EN EL CAMINO DE GÉNOVA A ALEJANDRIA.



CASSANO SPINOLA.



CENTINELAS CERCA DE ALEJANDRIA Y PASO DE ZUAVOS POR UN PUENTE DEL SCRIVIA.

mente pintoresco. El Scrivia precipita su curso impetuoso por un declive rápido arrastrando en sus aguas arenas y guijarros de variados colores que se van desprendiendo de la montaña. El campo es muy fértil. El camino pasa por varias poblaciones rurales, y una de ellas es Gavazzano. Situada en la orilla derecha del Scrivia, á la altura de Novi, y ocupado en este momento por la primera division del primer cuerpo de ejército francés, el pueblo se halla en el fondo de un barranco por donde corre un arroyo llamado el Merlaya. Gavazzano domina aun en esta posición varios caminos que conducen á Tortona. Se halla rodeado de huertas y ofrece á los soldados que llegan de Génova un punto de descanso muy agradable.

Valle del Scrivia de Rigoroso á Arquata. — Nuestro dibujo dará una idea del aspecto general que presenta el hermoso valle del Scrivia. En el fondo y á la falda de las montañas corre el río. En el centro del valle está la línea del ferro-carril de Génova á Turin, y mas acá de la vía la carretera de Rigoroso á Arquata. La casa cuadrada situada casi en el empalme del camino transversal, que tiene al lado un árbol gigantesco, es el cuartel general del general Bazaine, que manda la 3ª division del 1º cuerpo de ejército. Desde ese punto se puede ver el inmenso movimiento de la estación de Arquata y el paso continuo de las tropas que pasan á Gavi y á Novi al cuerpo del general Mac-Mahon. La torre de Spinola domina toda esa comarca rica como ninguna. Los soldados franceses acampados en torno de Arquata son muy festejados por los habitantes; los zuevos son allí como en todas partes objeto de una admiración general.

Campamento de artillería en Alejandria. — El autor del dibujo que publicamos con ese título escribe lo siguiente: «Antes de tomar posición, la mayor parte de las tropas eran dirigidas á Alejandria, base de operaciones de los ejércitos aliados. Esa concentración produjo una confusión momentánea, y hubo que recurrir á toda clase de expedientes para el alojamiento de las tropas. Primero se echó mano de las casas particulares, y los habitantes se prestaron gustosos á recibir á los soldados. Las plazas y aun las calles estaban convertidas en campamentos; pero la artillería, á causa de su material, no cabía en ninguna parte. Por fin se estableció en una de las plazas de la ciudad, donde instaló sus piezas con tanto orden y simetría como en el parque mas cómodo. El aspecto de este campo tiene algo de severo que no presentan los demás; es muy difícil acercarse, y gracias á un oficial que quiso atenuar en mi favor el régimen de la consigna, he podido sacar la vista y los detalles del parque que se ven en mi dibujo.»

Guardia principal y puesto avanzado en Arquata. — El pueblecillo de Arquata se halla situado en las márgenes del Scrivia. Durante la reunion del 1º cuerpo del ejército de los Alpes, el mariscal Baraguey-d'Hilliers habia fijado allí su cuartel general, y la 3ª division, mandada por el general Bazaine, estaba acampada con la artillería y los ingenieros en Arquata. Un descanso de algunos días permitió á este cuerpo que se organizara completamente, y el 12 estaba ya dispuesto á entrar en campaña. Delante de la aldea se destacó una guardia principal, y en el camino que se dirige á Alejandria se colocó un puesto avanzado. Los centinelas en observación sobre las alturas que coronan la antigua torre y las ruinas del castillo de la familia Spinola, descubrieron todo el camino y una gran extension de territorio. El dibujo que publicamos da el aspecto de los lugares, señalando con exactitud los detalles del campamento de la guardia principal. Los convoyes de tropa que se dirigen hácia Alejandria siguen el camino que atraviesa por un puente el Scrivia, cuyo cauce encajonado forma un torrente por ese punto.

Cassano-Spinola. — Cassano-Spinola es un pueblo situado al Sur de Tortona, á 14 kilómetros de esta ciudad, y en la orilla derecha del Scrivia. Se eleva sobre el camino de Alejandria. La poblacion colocada junto á un cerro se extiende por un declive y descubre un risueño valle por cuyo centro corre el Scrivia. Las comunicaciones con la orilla izquierda están establecidas por un puente de alambre que se distingue en parte en nuestro dibujo á la izquierda del campanario. El fondo hácia la mitad del valle, y en la orilla izquierda del río, estaba ocupado cuando se sacó la vista de los lugares, por el campamento volante del 13º de línea, que tenia su guardia principal á la cabeza del pueblo, hácia Tortona, en un cementerio fortificado que dominaba el camino. Cassano-Spinola es uno de los acantonamientos de la 3ª division; cuenta apenas unas 1,200 almas de poblacion.

Centinelas cerca de Alejandria. — La reunion de las muchas fuerzas que hay en Alejandria y en sus inmediaciones, sobre unos puntos abiertos á muchos caminos, exige una vigilancia continua del país, vigilancia que facilitan las alturas que dominan los caminos á mucha elevacion, y descubren la llanura en una extension inmensa. Puestos que se comunican entre sí guardan los pasos, en tanto que hay centinelas en lo alto de los cerros para observar las inmediaciones. El dibujo que reproducimos representa uno de esos puestos próximo á Alejandria en el punto en que el camino atraviesa el Scrivia por un puente. Centinelas en observación vigilan el curso del río y el camino de Tortona. Convoyes militares surcan ese camino sin interrupción, y mantienen en las cercanías de Alejandria un movimiento de una actividad extraordinaria.

F.

Episodios de la vida de un hombre célebre.

I.

Terrible y horroroso aspecto presentaban las turbulentas aguas de Lepanto el día 9 de octubre de 1571. Teñidas en la sangre de tantos valientes como iban sucumbiendo en el ardor de la pelea, ofrecían á la vista un cuadro tristísimo y desolador. Espesa niebla de balas inundaba el espacio, que unida al humo de la pólvora, según dice un famoso historiador, oscurecía enteramente el sol, de manera que el día parecía noche. Los lastimosos ayes del moribundo apenas se dejaban oír, confundidos con el estruendo del cañon, la feroz gritería de los genizaros y el prolongado sonido de clarines y trompetas.

Entre las escuadras, y en la que mandaba Agustín Barbárico, que fué de las que mas sostuvieron el combate, distinguíase por su heroico valor la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria, y al mando de Francisco Sanctó Prieto. En esta galera se encontraba antes de comenzar tan devastadora lucha, postrado de resultas de unas fuertes calenturas, un valeroso español. Mas así que don Juan de Austria hizo enarbolar en lo mas alto de su galera el estandarte de la santa Cruz, y con un cañonazo los preparó á todos para la batalla, este español exánime y sin fuerzas acudió con presteza á colocarse en el sitio que le correspondía. En vano su capitán y demás compañeros le instaron repetidas veces á que se retirara al entrepuente, pues que inspirado entonces de nuevo ardor para la pelea suplicó á aquel que le colocara en otro punto mas expuesto, á lo que accedió el capitán, destinándole con doce soldados al lugar del esquilé.

Descolló con sumo valor la *Marquesa* en tan terrible trance, y abordando á la capitana de Alejandria, le destrozó cerca de 400 turcos incluso el comandante, alcanzando el estandarte real de Egipto. Durante tan terrible y sostenida refriega, otro soldado llamado Villaroel, observó que aquel guerrero famoso iba perdiendo las fuerzas en términos de no poderse sostener, hasta que dió en el suelo con su cuerpo, inundado de sangre. Conmovióle esta escena, y acudió en el instante al socorro del mas querido de sus compañeros, al que veía en inminente peligro. Efectivamente, desde que el herido concurrió á fines del año de 1570 para alistarse bajo las órdenes de Marco Antonio Colonna, habian servido siempre, sin separarse una sola vez, en la compañía mandada por Diego de Urbina, capitán valerosísimo. De esta manera se habia ido fomentando esta amistad, la que llegó á engendrar un cariño del que no podian prescindir ninguno de estos soldados, modelos ambos de acrisolada lealtad y de heroísmo. Así, en el momento en que Villaroel se acercó á su compañero, le prodigó cuantos auxilios fueron necesarios para evitar que se agravasen sus heridas. El infeliz habia recibido dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, de bastante consideración.

Terminada esta batalla, una de tantas que han cubierto de honor á la española monarquía, y que ocupa un lugar tan preferente en los anales de nuestra historia; después de una corta estancia en el puerto de Petela, para reparar las pérdidas y averías ocasionadas, fueron conducidos los heridos á la ciudad de Mesina, en cuyo puerto entraron gozando de tan glorioso triunfo con todas las demás tropas el 31 de octubre; arrastrando las banderas por el agua, llevando á remolque las infinitas galeras del enemigo, y envueltos en las populares aclamaciones y extremado regocijo de sus habitantes. Allí estaba preparado el hospital para los heridos, y allí fué donde tuvo el doloroso sentimiento de abandonar el soldado Villaroel á su compañero, si bien algo consolado con la esperanza de que pronto terminaría su curacion, y regocijado por la distincion con que don Juan de Austria, al visitar á los enfermos, le habia señalado tres escudos mensuales para cuando se hallase en estado de volver al servicio de las armas. El dolor y la afliccion que se apoderó de estos dos leales compañeros en el instante de su separacion, es difícil expresar. Villaroel, sin abandonar el lecho donde yacía postrado el valeroso soldado de la *Marquesa*, le tendió la mano con toda la efusion de su alma, trémula al pensar que acaso sería por última vez.

Don Juan de Austria habia concebido el proyecto de arrojar á los turcos de Europa y perseguirlos hasta Constantinopla; pero lo avanzado de la estación le hizo desistir de esta idea. Los venecianos, cansados de la guerra, llegaron á desentenderse de la liga, y gravemente distraído Felipe II con las continuas turbulencias de los Países Bajos, no permitió á don Juan de Austria que se alejase de su lado. Sin embargo aun no habia trascurrido un año, cuando temiendo el duque de Alba y Requesens la invasion de Flandes y de la Lombardía, por los indicios que habia de que el francés trataba de introducir la guerra en ambas partes, expusieron sus zozobras á don Juan, el cual, por mandato del rey Don Felipe, se dispuso á sostener la guerra contra los turcos, previniendo el ejército y armada con el fin de acudir lo mas pronto posible á socorrer á la Lombardía, en caso de la invasion que se sospechaba. Navegó luego á Grecia, arribando á Corfu, donde recibió á Colonna con otros de los suyos, después de haber sostenido una reñida pelea con los turcos, á tiempo que la armada confederada se encaminaba á este punto y mas tarde á

Cefalónica, con otra armada de ciento setenta navíos, galeras y galeazas; mas habiendo tenido noticia de que el enemigo se hallaba en Novarino, convinieron esperar, para hacerse dueños de la entrada del puerto; pero equivocados los pilotos dirigieron la armada á la isla de Prondo, distante ocho millas de Pylos, desde donde la habian reconocido, huyendo de allí inmediatamente á Modon, puerto bastante fortificado. Entonces fué extremado el dolor de don Juan de Austria al pensar que se le escapaba de entre las manos la victoria. En vano trató de inducir al bárbaro á la pelea; en vano intentó acometer con sus fuerzas reunidas al puerto de Modon: este proyecto fué desaprobado en consejo de guerra por considerarle los demás capitanes demasiado expuesto y arriesgado. Por último, después de salvarse del peligro casi toda la tripulacion, entró don Juan felizmente en el puerto de Mesina.

Restablecido totalmente el compañero de Villaroel, volvió á fines de abril de 1572 al servicio, habiendo sido incorporado al tercio de don Lope de Figueroa. Notábasele la falta de algunos dedos y en bastante mal estado su mano izquierda: sin embargo, esto no le hizo retroceder; antes bien ardió con mas fortaleza en su pecho la sed de gloria, el insaciable afán de adornar su camino con nuevos laureles que siempre le habia animado. El primero y uno de sus mas ardientes deseos, fué el trasladarse al servicio de su antiguo jefe, porque anhelaba volver á lidiar con sus valerosos compañeros de la galera *Marquesa*. Al fin, pasado algun tiempo hubo de realizarse esta esperanza, que él habia ya olvidado por imposible: fué destinado y concurrió á la jornada de Levante, á las órdenes de Colonna, y después á la empresa de Navarino bajo las del generalísimo. Pero cuál fué su sorpresa, cuál su sentimiento, cuando buscó en vano en todas ellas á Villaroel, en quien habia depositado todo su cariño y confianza! Indagó, preguntó á los pocos compañeros que no habian sucumbido si tenían de él alguna noticia; todo fué inútil. Después de algunos meses de malograda esperanza, no le restaba á este soldado mas que rogar á Dios por él, y así lo hizo persuadido de que el infeliz habia sido víctima de los furroses de la guerra.

II.

Corria el año de 1603, cuando tenia asiento la corte del señor rey Don Felipe III en la ciudad de Valladolid. Los habitantes de ella recordaban todavía con regocijo las plausibles fiestas que habian tenido lugar con motivo del nacimiento de Felipe IV, y de la llegada del almirante de Inglaterra, el que desembarcó en la Coruña con seiscientos ingleses. Venia con el objeto de que el rey católico ratificase las paces que el año anterior habia ajustado con Jacobo I, por mediacion de Juan Fernandez de Velasco, condestable de Castilla; con este motivo, y para solemnizar tan faustos sucesos, se celebraron en la corte varias fiestas, en las que el rey y la grandeza de España hicieron ostentacion de su esplendidez y opulencia.

Era la noche del 27 de junio, el reloj apuntaba poco mas de las diez y media, cuando un hombre que vestía ropilla de raso con trencillas y con el hábito de Santiago, jubon tambien de raso con mangas de tafetan, calzones negros de obra, la capa de mezcla y con espada y broquel, dirigíase con apresurado paso por el campo adelante hácia la puertecilla de madera del Esgueva; mas al llegar á este sitio, percibió los sonidos lejanos de varios instrumentos, y fijando un poco mas su atencion advirtió que era una música, la cual escuchó silencioso unos instantes. A poco aquellos sonidos iban apagándose, y apenas se oían los acordes acentos de la pequeña orquesta, cuando al disponerse el caballero á seguir su camino le halló interceptado por un hombre de mediana estatura, y cubierto con un largo ferreruelo negro, que le gritó con voz ronca y desentonada:

— ¡Atrás!

El interpelado, situándose en el centro de la calle, respondió á su adversario con una calma bien poco común:

— Decid quién sois, y con qué motivo me cerrais el paso.

— ¡Atrás! volvió á repetir adelantándose el hombre del ferreruelo negro.

— ¡Por Santiago! que voy perdiendo la paciencia, y que si no despejais la calle, he de hacer, mal villano, con vos un escarmiento; exclamó el rondador del hábito de Santiago, desenvainando con prontitud la espada.

— ¡Atrás! ¡atrás! balbuceó con furia otra vez el de lo negro; por aquí no pasa nadie á no ser por encima de mi cadáver!

— Pues bien, sabe que ningun caballero retrocede, repuso su interlocutor; y que he de continuar mi camino haciendo antes contigo un escarmiento.

Y adelantándose ambos, cruzaron con arrojo sus espadas, sosteniendo la pelea por unos instantes, hasta que faltándole terreno al provocado, efecto de las agudas heridas que habia recibido, vino á dar con el cuerpo en tierra. Levantóse con dificultad, y al intentar empeñarse de nuevo en la pelea, recibió otra terrible y penetrante estocada de mano de su adversario, que le obligó á retroceder, resbalando y pidiendo socorro con balbuciente voz, dirigiéndose maquinalmente á la puerta de la casa mas inmediata, donde vivía, entre otras personas, doña Luisa de Montoya, viuda de Esté-

ban de Garibay y Zamalloa, cronista y aposentador de S. M. El retador entonces huyó con presteza por la calle arriba, con dirección á la puerta del campo.

A las voces lastimeras del herido acudió inmediatamente un clérigo, hijo de doña Luisa, llamado don Estéban, el cual viendo el mal estado en que aquel se hallaba, llamó á algunos de sus vecinos, quienes le ayudaron á trasladarle á la próxima habitación, en cuya sala la viuda de Garibay extendió unos colchones, y allí fué colocado el exánime caballero. Llamóse á un cirujano; este declaró que tenía en el vientre una herida mortal. Acudió el marqués de Falces, capitán de los arqueros de Felipe III, é igualmente otro personaje, conocido ya del lector, el cual, acompañado de alguaciles y escribano, dió principio á las diligencias judiciales. Era este don Cristóbal de Villaroel, entonces alcalde de casa y corte de la ciudad de Valladolid, y que hacia treinta y cuatro años habia cooperado á la gloriosa hazaña que en el golfo de Lepanto obtuvieron las valerosas armas españolas. El amigo constante y leal que tantas y tantas veces se lamentara de la pérdida del compañero con quien habia compartido en otro tiempo, así los laureles de la guerra como las privaciones y los infortunios, á manera de dos vigorosos y lozanos arbustos que crecen enlazados, participando á la vez, ora de los vivificantes rayos del sol de primavera, ó en el invierno, del crudo azote del huracan devastador que los maltrata; Cristóbal de Villaroel se entristecia al pensar que la suerte habia desenlazado su existencia de la del noble español que un día combatió á su lado en la *Marquesa*.

Disponíase pues á tomar las primeras declaraciones, pero el haber reclamado el herido los auxilios espirituales, impidió que se verificara con la necesaria brevedad esta diligencia. Despues reconocidos por los alguaciles los vestidos del moribundo, cuyas heridas se agravaban por momentos, supose que este era don Gaspar de Zepeleta, caballero del hábito de Santiago, natural de Pamplona, que siguiendo á la corte habíase trasladado de la de Madrid á aquella ciudad, y que estaba hospedado en una posada, en la cual, aunque servido de dos pajes y un lacayo, su ajuar era modesto y sus gastos limitados.

Recibió al fin los sacramentos; empeorándose mas y mas sus heridas, especialmente la de mas gravedad que la tenía en el vientre, y por la cual se salia parte del redano, falleció el día 29 de junio.

Peró retrocedamos al momento de aparecer don Cristóbal de Villaroel en la habitación donde tuvo lugar el funesto suceso que acabamos de referir. El alcalde de casa y corte se hallaba preocupado y buscando la manera de descubrir al asesino de don Gaspar, y no habia parado mientes en las personas que rodeaban su lecho prodigándole toda clase de auxilios; mas al volver la vista al lugar de aquella escena de dolor, á los rayos de la pálida luz que oscilaba bañando débilmente la estancia y los rostros de los circunstantes, creyó ver por un momento un semblante noble, aunque arrugado, el cual solia algunas veces presentarse á sus ojos como una ficción de su deseo. Desvanecida esta aparente ilusión, la luz volvió á colorar la majestuosa faz de aquel hombre en quien Villaroel instintivamente habia vuelto á clavar la vista; acercóse á él, y entre tanto la mirada penetrante del desconocido cruzóse con la del alcalde tremulo de gozo y de sorpresa: un instante despues, sin pronunciar una palabra y dejándose tan solo escuchar algun ahogado sollozo, vióse cómo estos dos personajes, impelidos á la vez por una fuerza misteriosa y superior, abrieron los brazos sepultándose en ellos mutuamente. El alcalde de Valladolid habia reconocido al soldado de la galera *Marquesa*, al mismo tiempo que este advertia lleno de júbilo que tenia delante á su antiguo amigo Villaroel.

Instruyóse el proceso criminal en averiguacion del autor de aquel homicidio. De las declaraciones recibidas para el esclarecimiento del hecho no resultaron indicios suficientes de culpabilidad, pero las sospechas recaian en los vecinos de la casa donde se habia amparado don Gaspar de Zepeleta y se les recibió declaración. El soldado de la *Marquesa* y sus convecinos viéronse envueltos en esta causa y fueron encarcelados. ¡Ay! nueva amargura con que el destino habia puesto á prueba la virtud del guerrero de Lepanto. Pero la justicia es inmutable, el desagravio debia enjugar aquellas lágrimas. Varios otros confesantes hicieron la señal de la cruz en holocausto de la inocencia, el tribunal pesó en su balanza la verdad, y á principios de julio de aquel año, un hombre célebre y honrado, que devoraba el sentimiento de haberse visto complicado en un proceso denigrante, fué absuelto.

El día 13 de abril de 1606 tuvo don Cristóbal de Villaroel necesidad de trasladarse á Madrid, y con este motivo el sentimiento de abandonar segunda vez al amigo de su juventud, al compañero con quien guerreó en Lepanto. Este adiós no fué tan pobre en esperanzas como el que le habia antecedido: entonces, al decir de los dos amigos, la corte de Madrid seria el punto donde ambos volverian en breve á abrazarse otra vez. ¡Frágil esperanza que los hizo á los dos separarse, acaso para siempre, sin enternecerse ni exhalar un suspiro!

III.

El día 24 de abril de 1606, un modesto cortejo fúnebre que habia partido de una casa de la calle de Fran-

cos de Madrid, atravesaba la del Leon, y dirigiase paso á paso al convento de las monjas Trinitarias. Se componia este de un reducido número de personas, la mayor parte de las cuales eran terceros de la Orden de san Francisco, por lo que, y al ver la cara descubierta del cadáver que llevaban á enterrar, se deducia que era algun hermano de esta santa orden. El lúgubre y misterioso aspecto de estas ceremonias, hace que nos entreguemos, aunque sea por pocos instantes, á una profunda y dolorosa meditacion: así es que cuanto mas avanzamos hácia la tumba, cuantos mas años vamos dejando atrás en nuestra breve y atribulada carrera, tanto mas fijamos nuestra atencion, tanto mas pensamos detenidamente en ese desenlace fatal del drama de nuestra vida, en ese inevitable desenlace que nos arroja de este mundo á otra existencia.

Marchaba en silencio la fúnebre comitiva, y tan solo se oian algunas frases entrecortadas del salmo *De profundis*, que murmuraban fervorosamente los hermanos de san Francisco. Algunos llevaban los ojos preñados de lágrimas, otros inclinaban la cabeza sobre el pecho, apenas dejaban ver sus facciones comprimidas por el dolor.

Esto sin duda les impidió observar una escena que tuvo lugar durante su pausada marcha. Aun no habian desembocado en la calle que conducia al convento, cuando acercándose un venerable anciano con la cabeza descubierta á uno de los que, con candelas encendidas acompañaban al cadáver, le dijo con entrecortadas frases:

— Hermano, ¿me direis cuál era el nombre del que llevan á enterrar?

El interpelado contestó del mismo modo pronunciando el del difunto con voz solemne y angustiada. Demudóse instantáneamente el semblante del desconocido, su frente se oscureció, sus piernas flaquearon, cayó de rodillas, y sus contraídos labios apenas pudieron indicar que pronunciaba estas palabras: «Ayer infeliz... hoy dichoso, porque la muerte acaba de ceñir á tus sienes la aureola eterna de la gloria. El genio solo recibió siempre su recompensa mas allá de la tumba!» Despues oró, y elevando su nublada vista hasta los cielos, vióse resbalar por su arrugada megilla una ardiente lágrima; lágrima que Cristóbal de Villaroel consagraba á la memoria de MIGUEL DE CERVANTES Y SAAVEDRA.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas carreras de caballos. — La emigracion parisiense. — Los trajes ligeros. — El chambergo y su historia. — Fiesta de novillos en España. — Los toreros y las majas de la aristocracia española. — El sombrero Cavour. — Escasez de modas nuevas. — Vestidos á la órden del día. — La casaquilla Dorsay. — Dos trajes copiados en el bosque de Boulogne. — Descripción del figurin de este número.

Ya han tenido lugar las últimas carreras de caballos de la temporada. Ahora se trata de salir de Paris; la moda exige este sacrificio. Es preciso despedirse y marchar á los baños de lujo de Spa y Baden que atrae á los extranjeros y á los ricos del mundo con su programa de placeres, bailes, conciertos y cacerías.

Quando por acaso un elegante se queda en Paris, corriendo se viste de ligero para aparentar que vive en el campo. Hé aquí su traje: jaqueta y pantalon de piqué blanco, con chaleco y botines de lo mismo... Añádase á esto una corbata verde y un sombrero de paja de Italia con una cinta negra, y se tendrá una idea del traje del elegante.

A propósito de sombreros tengo que señalar un suceso que llega directamente de España. Es el *chambergo* de fieltro negro, bajo de formas, ancho de alas y abarquillado. Se puede llevar con pluma ó sin ella. El *chambergo* no es de ayer; diré en cuatro palabras su interesante historia.

Era en tiempo de Carlos II, último rey austriaco que reinó en España. Entonces habia en Madrid tropas austriacas y flamencas. Un general alemán que se llamaba Chamberg tuvo el capricho de cambiar el uniforme de su regimiento, y puso á todos sus soldados un nuevo sombrero que por el nombre del general se llamó *chambergo*.

El *chambergo* que hoy se trata de resucitar está perfeccionado.

Ahora hay que decir quiénes son dos personas que tratan de imponerle á los españoles y á los franceses; son nada menos que las duquesas de Alba y de Medinaceli.

Las dos duquesas se presentaron en el Prado seguidas de sus lacayos con las grandes libreas de costumbre y sombreros de copa alta. ¿No era decir á todos los elegantes madrileños: «El sombrero que llevais nos parece tan grotesco, que solo le hallamos digno de nuestros lacayos?»

Aunque soy parisiense, voy á decir dos palabras sobre la fiesta que el señor Villavieja ha dado últimamente en la plaza de Carabanchel donde se corrieron cinco novillos. Los espectadores y los actores de la funcion se habian elegido entre lo mas elegante de la aristocracia, y todos los hombres vestian de toreros. Las señoras de Villavieja y de Medinaceli vestian de majas con el calañé en la cabeza. Sus corpiños eran unas chaquetillas bordadas de oro y diamantes.

Volviendo á Paris y á los sombreros, diré que los dandys han sacado estos días el sombrero Cavour, que gusta por dos razones, porque es patriótico y porque es elegante.

Los piemonteses y los italianos le llevan de paja de Floren-

cia forrado de tafetan negro con cinta negra en torno del casco. Los franceses han copiado este sombrero.

En cuanto á trajes nuevos poco hay que decir; la guerra lo ocupa todo, hasta la atencion de los sastres. Por consiguiente, lo único que me seria fácil es hablar de los uniformes que tanto se distinguen hoy en la guerra de la independencia italiana.

De todos modos voy á decir lo que sé sobre la moda masculina.

Los fracs á la francesa, las casaquillas para montar á caballo y las levitas de una hilera de botones son las prendas que se llevan mas con las jaquetas de seda y de hilo. Nada de esto es nuevo; pero las modas de los hombres no se cambian y se transforman como las nuestras.

Siguen pues, con el mismo corte, las mismas formas y los mismos colores, y cuando se quiere salir de este círculo se cae en los vestidos grotescos. Prueba de esto es el capote inglés cortado como un ancho saco, con una esclavina y sin mangas aparentes. Los dandys vestidos de este modo parecen cocheros.

Se han querido hacer algunos fracs á la francesa de tela gris clara, pero la tentativa ha sido infructuosa. El hombre que lleve este frac ha de ser delgado y elegante, y no todos reunen estas condiciones. Para un hombre jóven, aun es mas conveniente la casaquilla Dorsay de tejido mezcilla con chaleco y pantalon gris ó con chaleco y pantalon blanco.

Las telas blancas están muy en moda; las prefieren á las de rayas y de cuadros. Sin embargo, tampoco este traje blanco sienta bien á todos.

Se llevan este verano muchas camisas ribeteadas y muchos pantalones anchos. Las camisas ribeteadas tienen la pechera toda lisa ribeteada con una trencilla, lo que hace muy bonito. Esto es bien superior á las pecheras bordadas que han quedado para el vulgo.

Antes de entrar en la descripción del figurin voy á dar el conjunto de dos trajes de verano.

El primero es un traje de campo compuesto de un pequeño paletó corto de alpaga, forrado enteramente de seda y cerrado por delante con una sola hilera de botones. El chaleco es de dril gris y se cierra á voluntad con botones de nacar. El pantalon es de lo mismo; la corbata clara y los guantes color de cuero de Rusia.

El segundo es de viaje de dril inglés mezcilla; la casaquilla cierra con un solo boton y tiene un corte holgado. El talle es largo. Lleva bolsillos en el pecho y en las caderas. Chaleco blanco abotonado á voluntad. Pantalon blanco ancho por el muslo y estrecho por abajo.

Nuestro figurin tiene tres personajes. El primero lleva una jaqueta de tela mezcilla gris oscuro abotonada por arriba. El talle es muy largo; chaleco y pantalon de hilo.

El segundo viste una levita de paño azul con dos hileras de botones, y va cortada de modo que no puede abotonarse. El talle es de un largo ordinario y los faldones solo llegan á quince centímetros de las rodillas. El chaleco y el pantalon son de satin gris perla liso. La corbata negra. La forma del chaleco es de pequeño chal.

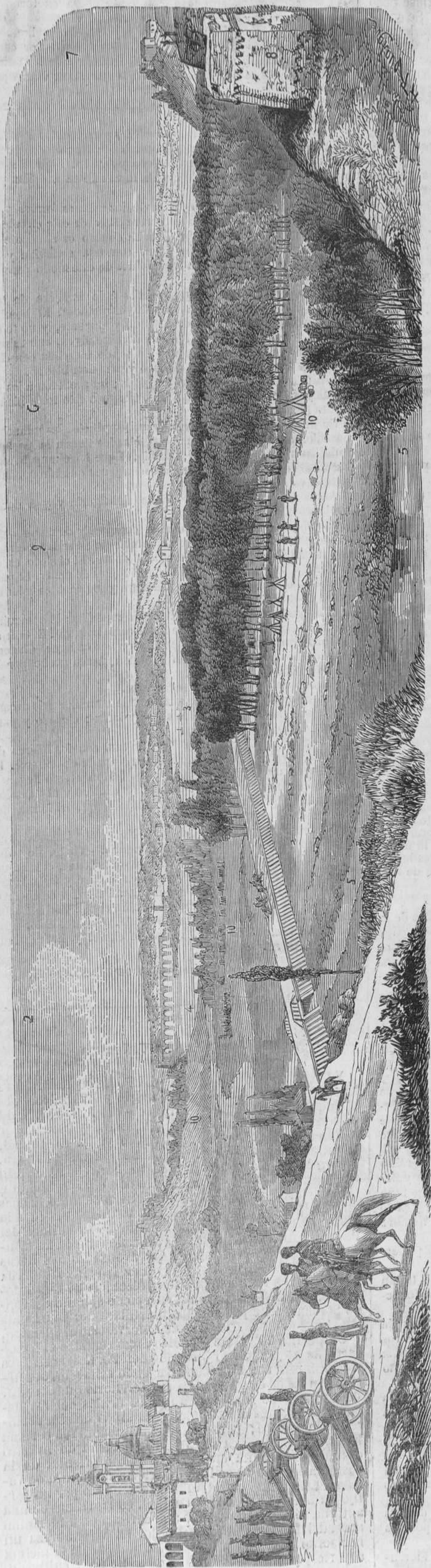
El tercero lleva un traje del sport. No es una jaqueta ni un frac, sino un traje especial para montar á caballo, de paño color de castaña, con una sola hilera de botones, el talle un poco largo, los faldones cortados en escape y las mangas muy anchas y justas por la boca-manga. Pantalon de cuadros color oscuro, muy ancho y derecho sobre el pié. Corbata azul. Camisa de hilo con pechera ribeteada. Guantes color gris claro. Sombrero Brummel. Zapatos de charol y botines imitando las medias de seda.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La llanura de Valenza.

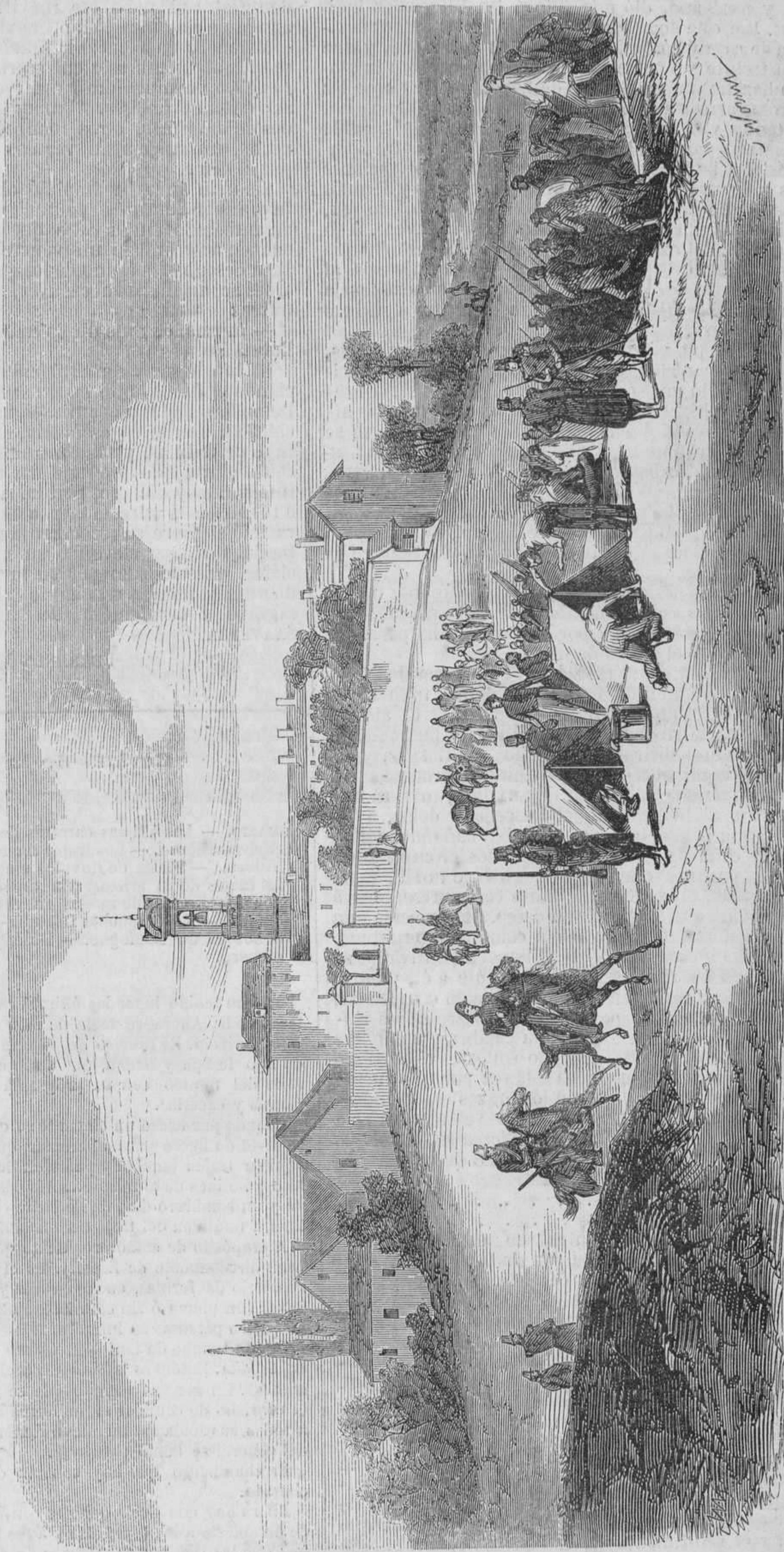
Valenza en la orilla derecha del Pó se encuentra á 12 kilómetros al Noroeste de Alejandría y á 20 kilómetros al Sudeste de Casale en el trayecto del ferro-carril. El pais está cortado con colinas y viñedos, y para llegar á Valenza se atraviesa un hermoso valle. La ciudad, levantada sobre un cerro, domina una vasta llanura. Las muchas obras de defensa que han ejecutado allí los piemonteses y los franceses le dan el aspecto de un campo fortificado. Una fuerte guarnicion de tropas aliadas, provista de una artillería formidable, ocupa la plaza. La campiña que está delante hasta la línea del Pó está cubierta de puestos avanzados. Desde las alturas de Valenza se distinguen las avanzadas austriacas establecidas en los caseríos cerca de la orilla izquierda del Pó, y en lontananza á una distancia de tres kilómetros están las tiendas del cuerpo de ejército del conde Stadion, acampado en las inmediaciones de una aldea, cuyo campanario sirve de observatorio al enemigo.

Un puente de veinte y cuatro arcos conduce el ferro-carril de Alejandría al otro lado del Pó. Los austriacos cortaron esta comunicacion haciendo saltar los dos últimos arcos de este puente por el territorio que ocupan. Otro puente de barcas unia las dos orillas del rio delante de Valenza al extremo del camino que está delante de la ciudad; pero esta comunicacion fué cortada igualmente. Mas acá del Pó, á la derecha de nuestro dibujo, se adelanta en el rio la punta oriental de la vasta medialuna de colinas que cierra la llanura de Valenza. Este punto culminante está ocupado por un cortijo llamado el Caserío del Castillo, en las ruinas de una antigua fortaleza que se ve á la derecha en un término mas adelantado de nuestro dibujo. La vista abraza un horizonte inmenso por todos los puntos de la meseta superior, y se extiende sobre un valle bien cultivado.



AVANZADAS DE LOS FRANCESES Y DE LOS AUSTRIACOS EN VALENZA.

1, Valenza. — 2, puente cortado por los austriacos. — 3, puente de barcas destruido por los austriacos. — 4, el Pó. — 5, antiguo cauce del Pó. — 6, observatorio austriaco. — 7, caserío del castillo. — 8, antiguo castillo. — 9, avanzadas austriacas á la orilla del Pó. — 10, guardia francesa.



CUARTEL GENERAL DE LA DIVISION BOURBAKI EN MONTI.

En las inmediaciones y en el interior de la ciudad todo anuncia la guerra. Los soldados se hallan establecidos bajo las tiendas, y las cocinas humean por todas partes. Las escenas que nacen de esos detalles de la vida militar tienen una animación que aturde un momento, y roba la atención hacia la parte seria del cuadro. Pero hé aquí otros episodios que recuerdan tristemente las deplorables consecuencias de la guerra. En la plaza Mayor abrigos de tablas contruidos á la ligera dan asilo á un crecido número de familias de campesinos que han abandonado sus chozas por no considerarse seguros. Muchos de ellos han perdido sus casas ó sus cosechas; la miseria de todos es extraordinaria, y sin embargo nadie se lamenta de los males con los cuales se compra en este momento el porvenir de la patria común.

Como Valenza es el punto mas cercano á las líneas regulares de los austriacos, es

de presumir que la llanura que se extiende enfrente de la ciudad en las dos orillas del Pó, está destinada á ser teatro de importantes sucesos militares.

Cuartel general de la division Bourbaki en Monti. — La division se ha establecido en la orilla derecha del Pó, cerca de las avanzadas austriacas. Damos una vista de la aldea de Monti, acantonamiento del 11° de línea y cuartel general de la division. Esta vista está tomada del puesto avanzado de la guardia de prevención del 11°, que deja á su derecha y dando frente al cuartel general, el Pó, y un poco mas atrás á la derecha y dominándole, el puente del ferro-carril de Vercelli, cuyos dos últimos arcos han sido destruidos por los austriacos en la orilla izquierda. Delante del puente, por la parte que ocupan los franceses, hay una emboscada de cazadores de infantería, sostenida á retaguardia por el batallón entero. El panorama de la llanura de Monti es el mismo que el que presenta el territorio de Valenza. Las alturas mas próximas al río dominan la línea del Pó á una gran distancia, y desde ese punto se pueden ver las avanzadas del enemigo.